

CHENIT

— sociología —
ciencia — literatura



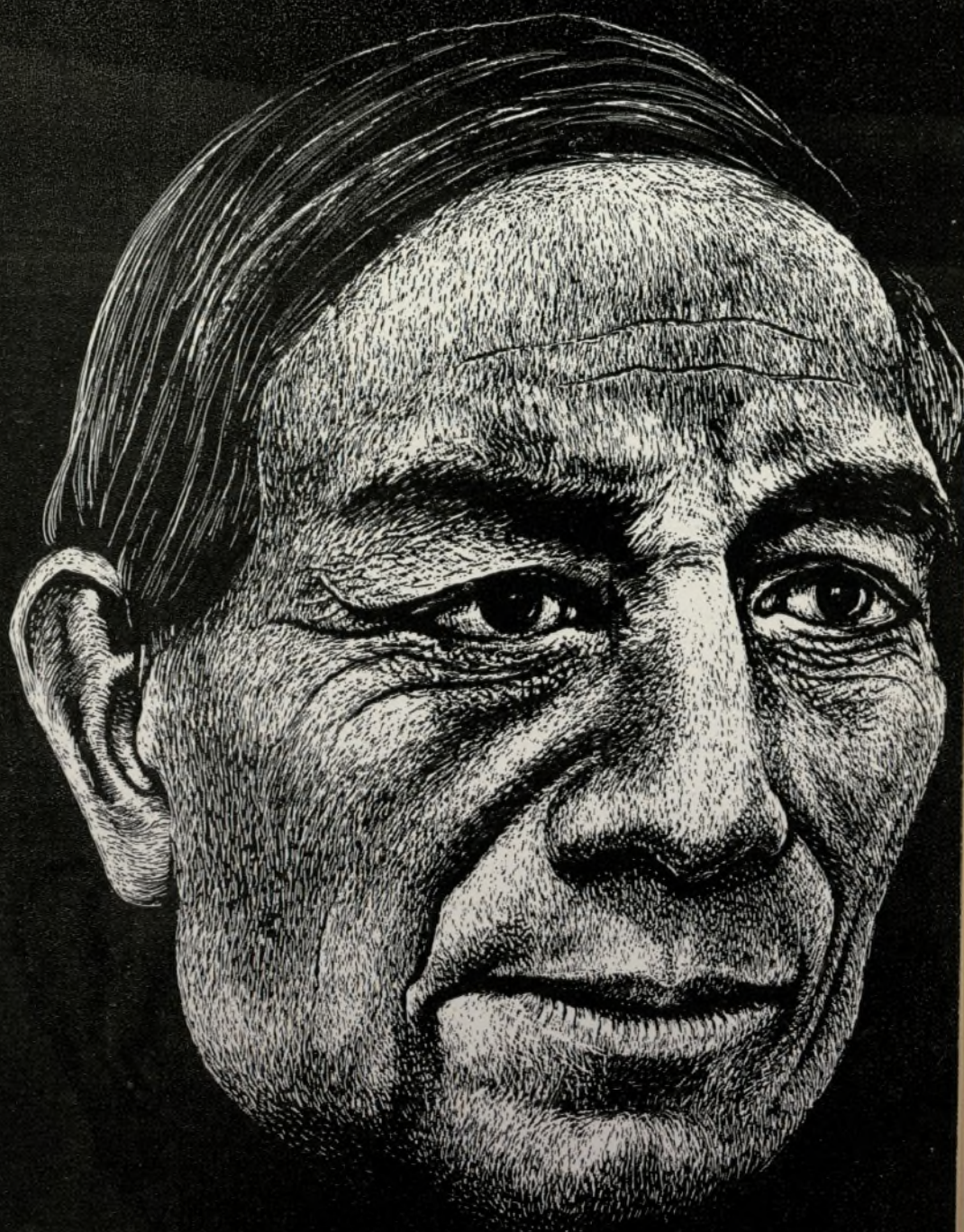
Pedro Dorado Montero: El Delito. — H. Plaja: Tercianando sobre una supuesta crisis del anarquismo. — José Peirats: Ideas negras. — Puyol: Trabajos de hombre. — La marcha del hombre hacia el hombre. — Soledad Gustavo: Rubens. — Selección de V. Muñoz: El pensamiento vivo de José Prat. — E. Relgis: La literatura de la guerra y la era nueva. — C. Lizcano: Inteligencia y conciencia. — F. Alaiz: Cortesía superpuesta. — A. Samblancat: Nepotismo criollo. — Fontaura: Larra y el periodismo. — A. Carri: Libros viejos ideas nuevas. — Campio Carpio: Leyendo a Ramón Cabanillas. — F. F.: El filósofo y el gato. — P. Bravo: Conceptos. — Una carta de la hija de Miguel Bakunin. — M. Celma: La vida y los libros. — Suno: Microcultura.

111

MARZO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



NUESTRA PORTADA

Benito Juárez García (21-3-1806 18-7-1872)

Habrán seres inferiores en todas las razas, mas no hay razas inferiores. En cualquiera de éstas se encuentran hombres que encarnan la justicia, la dignidad y el saber en su concepto más humano. Los indios de América, a los que tan despiadadamente combatieron y casi exterminaron los «cristianos» europeos, tuvieron en Benito Juárez la encarnación de su raza rebelde y el representante atento siempre a la voz angustiosa de los que pedían TIERRA Y LIBERTAD. A esta divisa hizo honor toda su vida, lo mismo cuando no podía calzarse, dada su condición miserable de niño indio, como cuando presidía los destinos del pueblo mejicano. Creyente y todo — no fanático — Juárez se opuso como el que más al imperio que la religión — fuerza mundana más que espiritual — ha intentado ejercer siempre sobre cuerpos y almas.

Como Sarmiento, tenía fe ciega en la revolución en tanto que antipoda de dogmas ya religiosos, ya políticos. «Asegurar al individuo el pan y la libertad que por naturaleza le pertenecen» es la divisa que ha colocado por encima de todos los sistemas y de todas las teorías.

Pueden los hombres de todo color y nacionalidad tomar ejemplo del Benemérito Mejicano cuando de oponerse a la ambición y a la brutalidad se trate, pues no otra cosa hizo toda su vida, incluso, y quizá especialmente, en el periodo en el que estuvo a la cabeza de la República de Méjico.

Benito Juárez García luchó contra los obispos, contra los generales, contra los banqueros y contra los reyes de Europa coaligados.

Luchó... como el pueblo español el año 1936. Y ya es decir algo.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

EL DELITO

En realidad, no es posible dar otra definición del delito sino ésta: Todo acto que la ley de un Estado o el arbitrio de un poderoso (como acontece con los caudillos militares en tiempos de guerra o en circunstancias análogas) prohíbe y castiga. Saliendo de aquí, se cae necesariamente en el vivero complicadísimo de las concepciones individuales. Y la prueba de ello es bien fácil. Por un lado, toda persona cuyos fines y puntos de vista no sean los mismos que los de los depositarios del poder público, y que, por consecuencia, no tenga interés en someter su propio criterio al de éstos, a poco que examine las leyes penales vigentes, encuentra motivos abundantes para censurarlas; en estos casos es cuando se pone en evidencia el abismo que separa el derecho legislado (encarnación del derecho natural) según el punto de vista del legislador y el derecho natural, entendido este último en armonía con la concepción propia del que juzga. De prevalecer el criterio del derecho natural o racional para la determinación de los hechos delictuosos por su propia naturaleza, como parece que debía suceder, y no el del derecho legislado, correríamos el riesgo de que hubiese tantos criterios como individuos, o poco menos. Por otro lado, cuando los escritores de materias penales se proponen fijar el concepto del delito, parten generalmente del supuesto de que, a lo menos para las necesidades de la práctica, es necesario que los hechos delictuosos que hayan de ser perseguidos como tales están comprendidos de antemano en la ley (*Nullum crimen sine lege*). Pero al propio tiempo declaran con el fin de librarse del arbitrio caprichoso del legislador, en el que podríamos muy bien caer, como con facilidad se comprende; declaran, digo, que el legislador no debe incluir en la ley, como delitos, más que los hechos que sean tales según el derecho natural. Por eso se han esforzado en hacer la delimitación del concepto del delito de su propia naturaleza, independientemente de la ley, o sea de los hechos injustos e inmorales que el legislador debe prohibir bajo la amenaza de una pena. Y ésta es la hora en que los escritores aludidos no han logrado ponerse de acuerdo, ni es tampoco fácil que lo logren. Cada cual tiene del delito en sí diverso concepto que los demás; el catálogo de hechos delictuosos es distinto en unos que en los otros, y así, faltos de un signo exterior que nos sirva de guía, resulta que no sabemos cuáles sean los hechos en sí lícitos y cuáles los ilícitos.

Parece, en vista de lo anterior, que no hay posibilidad de librarse del antojo legislativo (más o menos fundado y racional, si así cabe decirlo) en la materia que nos ocupa, y que no existiendo acciones que sean delitos por su propia naturaleza, independientemente de toda circunstancia de tiempo, lugar y persona, sólo vienen a ser tales aquellas que caprichosamente prohíben y castigan los que mandan.

En gran parte así es, en efecto, y así ha sido en todas las épocas y en todas las agrupaciones humanas organizadas políticamente. La primera preocupación de cuantos han ejercido o ejercer el poder, y en general de todos los que ocupan una posición preeminente, ha sido y es asegurar su dominación y privilegios.

PEDRO DORADO MONTERO

Terciando

sobre una supuesta crisis del anarquismo

EN una a modo de «charla comentada», que hace unas semanas se celebró en Méjico, hemos escuchado con agrado, y con tristeza a la vez, la lectura del contenido de un trabajo magnífico y acertado, exhumación de un tema olvidado, y cuyas causas son explicable, debido a uno de nuestros más activos compañeros que riegan sus esfuerzos en las páginas de nuestras revistas y publicaciones, de manera incansable y fecunda. Hemos dicho acertado y queremos agregarle tres palabras: hasta cierto punto.

De dicha lectura se sacaron diversas interpretaciones en cuanto a lo que constituye, de dicho trabajo, algo así como un lamento al observar el panorama poco ubérrimo de nuestro movimiento anarquista, en el sentido intelectual, y de conglomerado internacional, según el autor de dicho trabajo, y según también, el criterio de cuantos en el acto de examen y discusión de dicho trabajo, tomaron parte.

Nosotros, por nuestra parte, varias veces hemos registrado el hecho con las debidas reservas encaminadas a demostrar que son muy diversas las causas que intervienen en esta supuesta crisis.

La veracidad, la realidad de cuanto enumera el documento publicado por el querido amigo José Peirats en CENIT (1), es indesmentible, aun cuando no en su totalidad. Y, repetimos, no lejos de una relativa realidad.

Pero, por lo mismo, no es fácil, casi imposible, compartir ciertos aspectos de las manifestaciones o posiciones de cuantos en el debate tomaron parte.

Situemos el problema: No disponemos de elementos suficientes, con la capacidad de interpretación que compete al anarquismo, como corriente filosófico-social, en su aspecto general, y frente a los problemas que se debaten en este mundo inquieto. Exacto. Van desapareciendo las pocas y más o menos equilibradas mentalidades que aún nos quedan. Y en su reemplazo no andamos demasiado afortunados. Quiere decirse que las sustituciones no se vislumbran, por ahora, abundantes. Imperceptiblemente, casi, hemos perdido pues, en calidad inapreciable, exponentes del anarquismo y, a la vez, interpretadores de los problemas humanos emanados de las fallas registradas en las corrientes políticas, sociales y filosóficas, en las que, hurgando nos permitían poder sacar conclusiones coherentes en relación con la hora presente, para convertirlas, más tarde, en soluciones probables para ser aplicadas a un futuro adverso al sistema capitalista que nos embarga actualmente. Y

no obstante, el panorama de nuestro movimiento aparece más amplio y más dilatado, ante la quiebra de los valores ficticios del Estado, y en relación a los contingentes medianos, y a la existencia de una superioridad numérica de partidarios asiduos que constituyen la más viva esperanza para un futuro indeterminado.

Ahora bien: algunos amigos se lamentan de la carencia de elementos de «calidad intelectual». Pero registran, a la vez, la existencia del siguiente fenómeno: en otras capas indefinidas, vemos aparecer expresiones que no están muy emparentadas con las proletarias, sino íntimamente adscritas a las de la intelectualidad de tendencia liberal-burguesa; de la economía y de la literatura avanzadas. Se observa, pues, el estudio de las ideas modernas, se cita a sus exponentes, y todo ello coincide, en su expresión teórica, con las ideas anarquistas. O, si usamos de mayor atrevimiento, desemboca en ellas.

Existe, pues, el hecho de que algunas de nuestras proyecciones, algunas de nuestras teorías sobre diversos aspectos de la vida humana moral, y de la economía y la sociología son interpretadas, y aisladamente aplicadas, a la vida ordinaria de ciertos estamentos estatales, o al margen de ellos. Quiere decirse que ciertas premisas del anarquismo, en diversos aspectos repetimos, son aceptadas, propagadas y hasta practicadas por entidades que no se dicen ni son anarquistas; ajenas completamente al movimiento orgánico de las mismas; que no están vinculadas, ni de cerca ni de lejos con nuestro movimiento libertario; ni nos conocen íntimamente, pero que,

(1) Los artículos firmados por José Peirats y publicados en esta revista, son los siguientes:

«Zaragoza a la vista» en el número 1. «La C.N.T. en la Revolución Española», en el número 9. «Consideraciones sobre el pacifismo», número 11. «Sobre la pretendida crisis del anarquismo», números 12 y 13. «Existe un anarquismo científico», número 14. «En torno a la propaganda, ¿calidad o cantidad?», número 15. «Los medios y los fines», núm. 16. «Pequeña excursión por el mundo de principios de siglo», núm. 20. «Un ilustre desconocido: Santayana», núm. 23. «Conciencia histórica», núm. 24. «La razón de Estado, el sacrificio y la reacción sentimental», núm. 26. «Semblanza de Rabelais», núm. 29. «Objetivo público número uno», núm. 30. «El pacto C.N.T.-U.G.T.», núm. 31. «Mi descubrimiento de Krishnamurti», núm. 43. «La autoridad», núm. 49. «Iniciación»

aun sin saberlo, tal vez, van convirtiéndose en intérpretes y practicantes de todo aquello que el actual sistema capitalista y político, impide a los anarquistas practicar libremente.

Para nosotros, el hecho citado, por sí solo, ya debería constituir un triunfo, un gran placer moral. Que una parte mínima de nuestro ideario, y de nuestro programa realizador, en el orden que ocurra, sea compartido y practicado por elementos o colectividades que nada tienen, aparentemente, de parentesco con nuestra ideología y nuestro movimiento, es algo que ha de agradarnos, estimularnos y enorgullecernos. Ello no le quita ni regatea nada al anarquismo. Al contrario. Aun sin nombrar la procedencia, ni quedar catalogadas tales concepciones, al practicarlas, ya resulta una valoración definitiva, no absoluta, del contenido de nuestras ideas anarquistas.

Ahora bien. Ya hemos dicho en otros trabajos, que existen muchas personas de gran cultura y sabiduría que disponen, en su arcano espiritual e intelectual, de un caudal de expresiones, que las definen como ni un milímetro lejanas o separadas de nuestras ideas. Y cuya distancia personal debe atribuirse a razones diversas, y muy alejadas de nuestra sicología de luchadores y de hombres de brega, de acción permanente, que no quiere decir violencia sistemática en la calle, como nos atribuyen nuestros adversarios, nuestros detractores.

Todos sabemos que el mantenimiento firme y consecuente de nuestras ideas, cuesta muchos esfuerzos de todo orden. La ostentación pública acarrea siempre toda clase de persecuciones interminables contra los que osan poner en entredicho la bondad del Estado, de este régimen capitalista y de sus castas dominantes, política y económicamente. En una palabra; la propaganda acarrea toda clase de inconvenientes que soportan con estoicismo y gallardía los hombres de las clases socialmente consideradas populares, en esta escala de absurdas calificaciones de la humanidad. El campo anarquista es campo de sacrificios permanentes. No se obtienen canonjías y si grandes desgarramientos de todo orden. A veces se pierde la vida por el ideal. Pero al margen de nosotros, el hecho se produce a la inversa. Los afectados por nuestra causa, por nuestras sanas y humanas interpretaciones anarquistas, ya sea parcialmente, o bajo otras formas, pertenecientes a las llamadas capas superiores, o de la llamada intelectualidad, no han sido adiestradas ni preparadas adecuadamente para soportar las incon-

veniencias de una persecución autoritaria por mantener estas ideas eficazmente. Los medios ambientes en que estas clases se han desarrollado, están muy lejos de parecerse a los medios ambientes en que se han desarrollado la mayoría de nuestros autodidactas, ya que son originarios de las filas proletarias, y cuyo esfuerzo para superarse intelectualmente, solamente ellos conocen y aprecian en su justo valor. Para estos últimos, la Universidad ha sido la cárcel, refugio al que han agradecido el haberles deparado la ocasión de ser lo que son.

Para los que han visto asomar en su epidermis moral la fiebre de un sarampión molesto, como parece serlo, para algunos *snoobs*, el de interpretar los problemas humanos y sociales, desde el punto de vista de la filosofía anarquista, sin que esta denominación sea por ellos apenas conocida integralmente, no les resulta demasiado fácil abrazarla abierta y definitivamente, sin arrostrar con ello todas las consecuencias ingratas que se infieren de tan gallarda actitud. Ello comporta, como ya hemos dicho, infinidad de sinsabores y sufrimientos de orden personal y atentatorios a todas las comodidades materiales que la vida brinda a los que saben adaptarse bajo la protección o amparo en otras agrupaciones o sectores que no abominan de la arquitectura convencional y política del Estado.

En una palabra: Por razones comprensibles, y cuya consecuencia se deriva del hecho de que las clases reaccionarias tienen gran interés en hacer aparecer al anarquismo como una «maffia» destructiva, los hombres de la intelectualidad, más o menos con inquietudes superiores, han sentido vacilante miedo en incorporarse definitivamente a nuestra corriente.

Todavía hoy, la palabra anarquía es sinónimo de «destrucción», de terrorismo y otras lindezas con que nos endosan sus críticos nuestros adversarios, a falta de nuestro ideal.

Y ello, naturalmente, implica el miedo a ir a parar a la cárcel a quienes se sintieran inclinados a abrazar ideas tan generosas como las nuestras. Y como, por otra parte, nuestro campo no es un campo en el cual se cosechen prebendas, sino persecuciones y sacrificios, repetimos, de aquí que el miedo guarde la viña aun a costa de una indigna sumisión de estas figuras del intelectualismo, cuya falta de arrestos nos explicamos perfectamente.

II

Es por tantas y tantas razones, presas en el convencionalismo corriente y común, por lo que, aquellos que habiendo cursado estudios superiores pudieron crearse una posición material holgada, y al margen de cualquier contingencia atentatoria a los privilegios conquistados por esta vida misma, por lo que no se sienten demasiado inclinados al sacrificio por mantener enhiesta la bandera de un ideal cuyo solo nombre, como ya hemos dicho, es considerado falazmente como expresión de caos y de desorden. Y estos elementos, aún deteniéndose atentamente en el análisis del verdadero significado de la filosofía anarquista, sienten una gran preocupación pensando que si se incorporan a la corriente de este nombre, la sociedad entera en que viven les cerrará los caminos de su prosperidad económica y material, por cuyo motivo optan siempre, en general, por adaptarse al medio y vegetar, dejando de ser útiles a la causa de la liberación moral y material de la humanidad.

ideológica», números 54, 55, 58 y 63. «El proceso de la justicia». Reflexiones sobre la condición humana», núm. 70. «De la verdad a las consecuencias y de las consecuencias a la verdad», números 78 y 79. «El hombre como medida de todas las cosas», núm. 85. «La reforma del derecho civil en España», núm. 89. «Fascismo y democracia, dos calamidades turnantes», núm. 90. «El anarquismo ante la actualidad internacional», núm. 97. «La síntesis Nicolai-Einstein-Nettlau», núm. 102. «Estudíemos a Max Nettlau», núm. 104. «El héroe de la Revolución Española», núm. 109.

Además Peirats ha comentado los libros siguientes: «Lessons of the Spanish revolution», de Richards; «Un trentenio di attività anarchica», E. l'Antistato; Il movimento libertario spagnolo», e I. González; y «Las ramblas finissen à la mer», de J. L. Villalonga.

Es, pues, innegable, para esta clase, que una de las molestias inmediatas a su incorporación, sería la pérdida del pan, y el verse constantemente en peligro de perder también la libertad. Y esto, para ciertas gentes, es más duro que someterse al que paga, por estarse quieto.

Topar con la iglesia se llama enfrentarse con todas sus consecuencias al actual «statu quo», lleno de amenaza subsidiarias y directas contra quienes se atreven a poner en paños menores las lacras que le sirven de sustentáculo.

Lanzarse a la propaganda de ideales humanos, como el anarquista, significa, de siempre, la hipoteca de la libertad y de la vida. La defensa y propagación abierta y efectiva de este nuestro ideal, conlleva, sin duda alguna, a la pérdida de la tranquilidad hogareña; a la neutralización de la calidad de las amistades que a uno le rodean; al estancamiento parcial de las cualidades creadoras de la inteligencia, que sirven de norte a la conducta moral del hombre que no quiere amoldarse a las normas sociales en vigor, hijas de la hipocresía de los más, y de la vobardía y maldad de los menos en mantenerlas.

Está pues claro que, a pesar de los avances más o menos perceptibles que se manifiestan en capas intelectuales, ajenas al movimiento anarquista, la incorporación de algunos de estos ejemplares elementos se hace difícil a tenor de los antecedentes expuestos.

Ahora bien; pese a todo, hemos de convenir en que, la labor, la semilla de nuestras ideas en surcos ajenos a nuestro campo específicamente proletario, el más apropiado, no es despreciable si llega a producir, aun cuando muy lentamente, sus efectos esperanzadores. A veces una sola voz ha tenido la virtud de conmover al universo en algún caso donde la justicia era atropellada.

Lo importante, de todos modos, es el hecho de ver incorporados a otras fracciones del pensamiento avanzado, el destello, vago o singular, de nuestra filosofía, de nuestras proyecciones anarquistas que un día, no puede precisarse, habrán de florecer como norma de con-

ducta, de vida plena y de civilizada interpretación de la libertad y la justicia en otra sociedad.

No cabe por tanto, ser pesimistas. Las elaboraciones del cerebro no suelen avanzar tan de prisa como las de otras cualidades humanas. Desde que la humanidad anda a tientas, que el deseo de superar las condiciones del hombre han tenido manifestaciones sin cesar un momento. Rudimentarias, y tal vez sin la claridad conceptual actual, y necesaria, para acelerar la realización de este deseo. Pero el camino, aunque largo, ha permanecido abierto para los audaces del pensamiento, y para que el deseo de la llegada a la meta se mantuviera siempre, guiados por la lucecita interior, llena de esperanza en el mañana cierto.

Ahora bien: Para nosotros, y lo que vamos a decir lo ha venido comprobando la experiencia de los últimos cincuenta años, el lugar más adecuado para que nuestras ideas hallen buen contingente de simpatizantes, de adherentes firmes, lo constituye el sindicato. Es ahí donde hay que laborar. Es en este crisol donde se funden las verdaderas ansias colectivas de manumisión, y donde se generan las esperanzas de todo patrimonio moral y material de los desheredados de todo orden, donde cuaja y se agita de verdad nuestra labor y nuestro proselitismo batallar diario.

En los sindicatos, los trabajadores hallan su medio de defenderse de la explotación, pero al mismo tiempo encuentran en el seno de su organización profesional, los elementos que los han de iniciar en el camino de las realizaciones de una vida mejor, más humana, más digna y más libre y fraternal.

La experiencia, sobre todo en España, nos ha de aconsejar aceptar esta posibilidad y verter en los organismos proletarios todo el caudal de nuestros conocimientos, de nuestras actividades y de nuestras posibilidades realizadoras. Dejar en manos de los eternos explotadores de la bondad y de la ingenuidad humana esta labor, es caer en complicidad con el delito de traición de los demás sectores políticos y estatales.

H. PLAJA

Nota para el lector:

Advertirán nuestros lectores que el folletón «Historia de las revoluciones del siglo XX» ha sido interrumpido. Ello obedece a fuerzas ajenas a nuestra voluntad, quedándonos, no obstante, convencidos de que pronto podrá reanudarse la continuación del libro. — NDLR.

IDEAS NEGRAS

HACE ya algunos años, cuando se atisbaba apenas la espeluznante tragedia que el mundo acaba de vivir, llevados por el pesimismo y puede que por la sinceridad, se susurraban a nuestros oídos palabras de desaliento envueltas con el frágil envoltorio de la timidez. Ciertas ideas no maduras, ideas negras en su mayor parte, nacen y merodean en la intimidad de nuestra conciencia antes de apuntar al exterior en busca de irresistible contacto y contraste. La timidez inicial suele trocarse en arrogancia cuando la causa de nuestra tortura, disparada entre balbuceos y frases cortadas, vuelve a nosotros como un eco, resultado de impactos más o menos directos en la conciencia de otros hombres igualmente torturados.

Eran los tiempos precursores de la gran pendiente del movimiento obrero revolucionario. Acabábamos de entrar en el ciclo de las dictaduras y de los fascismos. La gran oleada nos vino de Oriente, de la inmensa Rusia, pasto de voracidad de los dictadores rojos.

¡Cuánto habíamos amado aquella tierra tan fecunda, cubierta de flora exuberante de artistas, pensadores y poetas! A la vuelta de aquella ilusión rota, la crisis moral se cebó en nosotros como un cáncer. Todavía perdura. Seguirá perdurando, señora de nuestras ilusiones y de nuestro destino, hasta que librados al juego favorable de los imponderables, o sacudidos por los arrebatos de una rebeldía íntima, pongamos fin a un ciclo de decaimiento y de postración moral.

Los grandes acontecimientos de la historia tienen una influencia prolongada en el espíritu de muchas generaciones. Los hechos de los hombres, de la voluntad y del deseo de los hombres, son los solos factores trascendentales capaces de determinar y definir una nueva época. Un acontecimiento señalado en un momento preciso, acontecimiento humano, mezcla de heroísmos y de sangre, imprime un rumbo distinto a las inquietudes. El hombre contemporáneo comprende poco y siente menos el influjo de las causas materiales simples. El mismo hombre ha alcanzado un grado de evolución que le inmuniza de ciertos efectos directos del medio físico. El Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa y la misma Revolución Rusa, acontecimientos animados por la presencia del hombre, han tenido una más profunda repercusión en nuestra mentalidad que las catástrofes telúricas, las plagas y pestes súbitas y hasta los descubrimientos casuales, con ser éstos producto de la actividad humana.

El ciclo histórico greco-romano fué árbitro de la moral, inclinaciones y costumbres de muchas generaciones sobrevivientes al esplendor de Grecia y el poder de Roma. La Reforma y la Revolu-

ción Francesa han marcado hondas huellas en la sociedad moderna. La influencia de aquellas revoluciones decae precisamente al producirse la hoguera de la Revolución Rusa. Bien que los acontecimientos de Rusia tengan raíces profundas en los anteriores acontecimientos — la escuela comunista arranca del ala radical babuvista — no es menos exacto que los hechos de 1917 tienen carácter y supremacía propia.

Producida la revolución rusa, comprobadas y ampliamente debatidas sus tendencias, el hecho en sí no deja de marcar una época y abrir un nuevo ciclo en las inquietudes de los hombres. Estamos situados dentro de este ciclo partidarios y antagonistas del bolchevismo. Todo lo acaecido en Europa y en el mundo desde octubre de 1917 está íntimamente ligado a la caída de los zares, a la revolución bolchevique, a la dictadura del proletariado. El fenómeno fascista es un hecho subordinado a la gran oleada que nos vino de Oriente.

El fascismo nace en Italia como un eco. Hungría, Portugal, Irlanda, Polonia y también España—regímenes de Primo de Rivera y Franco—se suman a la dictadura como reflejo anticomunista con o sin problema comunista interior. Uno de los tópicos principales de la dictadura de Hitler es la fobia antibolchevique. La segunda guerra mundial es un producto madurado de la mentalidad totalitaria, engendro de la época totalitaria inelegada por el bolchevismo. La llamada guerra antitotalitaria tuvo por aliados a los genuinos representantes del totalitarismo y estuvo enfocada contra el nazismo y fascismo, que eran expresiones subordinadas a la gran causa, moralmente triunfadora tras la sarcástica ceremonia de la «rendición incondicional».

Lo acaecido después del armisticio marca el momento álgido de esa infección colectiva elevada a la categoría de época por el triunfo del bolchevismo. Las llamadas democracias convierten la Carta del Atlántico en una entelequia so pretexto del comunismo. El papel de Franco y las particularidades estratégicas de la España de Franco, son salvaguardados so pretexto del comunismo. Se trabaja febrilmente en la energía atómica so pretexto de mantener la paz. Se restaura el poder económico, financiero y militar de las potencias vencidas so pretexto del comunismo. Se interviene en Grecia, en Palestina, en China y en cierto modo en Francia, en Italia y en los países de América, o se deja de intervenir, siempre so pretexto del comunismo. Todas las inquietudes de nuestra época, especialidades, estamentos, instituciones y clases, giran alrededor de una obsesión única: la animadversión o la simpatía hacia el comunismo. Los raquíticos movimientos sociales se debaten en estertores anti o filocomunistas. La intelectuali-

dad vacila, rinde sus armas o vuelve éstas contra el decoro, contra la dignidad y contra el pueblo por o contra el comunismo.

Las corrientes revolucionarias no han escapado a las influencias de este terrible torbellino de la época. Las corrientes revolucionarias son siempre las más afectadas tras el desencanto de una revolución. Las influencias de la revolución rusa no han podido ser más nocivas en los medios revolucionarios obreros. No hay factor más corrosivo de la moral revolucionaria que el mal ejemplo de una revolución. Los efectos de la revolución bolchevique han sido desastrosos. Los movimientos obreros y la intelectualidad avanzada han sido pulverizados tras esa terrible prueba. A la desintegración y atomización de las organizaciones, producto de la erosión comunista, ha sucedido una fase de aplastamiento moral con su flujo y reflujo de contradicciones, creando un ambiente de desorientación y vencimiento. En este ambiente de apatía, de desmoralización y de escepticismo, se afianza el imperio de las ideas negras. Ideas negras con marcada propensión hacia el fatalismo y la renunciación pura y simple.

Sin embargo, en la historia humana, factor decisivo en el espíritu del hombre, los acontecimientos

suceden a los acontecimientos y las épocas a las épocas. La que vivimos es una época más, predestinada a un ciclo más o menos prolongado, pero irremisiblemente mortal como todas las épocas. Otro acontecimiento histórico puede marcar mañana mismo los albores de una nueva época capaz de imprimir un rumbo diametralmente opuesto a los acontecimientos actuales.

¿Fruto de la casualidad o del juego caprichoso de los imponderables? No existe capricho en los imponderables. Un hecho indefinido, difícil de precisar, puede producir una serie de hechos convergentes en un hecho cumbre. Y este hecho supremo, nacido de un imponderable, puede variar el ritmo de la historia, abocarnos a una nueva época. Los grandes acontecimientos históricos surgieron de hechos imponderables. Nadie puede precisar de dónde partió la chispa que provocó la explosión. Seguramente de la actividad silenciosa del hombre en lucha constante contra las ideas negras. De su tenacidad en no dar cobijo ni convertirse en eco de susurros de desaliento, balbucientes y tal vez sinceros, con el frágil envoltorio de la timidez.

JOSE PEIRATS

TRABAJOS DE HOMBRE

LOS ricachos y pudientes de aquel pueblo entre navarro y aragonés, tan en la «muga» que son mitad y mitad, tenían menos preponderancia que los pobres. Allí dicen «muga» a la juntura de terrenos distintos con un mojón escrito por las dos caras, y la preponderancia significa que había naturalmente más pobres que ricos. Preponderancia numérica: algo es algo...

En busca de amo acudían todas las mañanas a la plaza. Gente sobrancera, sin patrón ni jornal fijo, la mayor parte con obligaciones. Muchos jornaleros y pocos jornales. Las casas ricas y las de pan y puerco tenían ganancia de plantilla. Pero si llevaban algún loguero, el cachicán buscábalo con candil entre los propinuos al burgués por razón de política.

Holgaban por fuerza mayor los legones, descansaban los arreaques y guardaban fiesta, sin serlo, los demás instrumentos camperos. La necesidad diaria era lo único que no paraba... ni la mocetina de pedir pan a sus madres.

— Pequeña, corre con la tarja a lo de Galo y que te muestre un pan, si a bien lo tiene.

El cabeza de casa, sin saber el sí o el no, toma el zurrón de piel de cabra, la gayola con el hurón y el roten de vuelta.

— ¿Ande vas con ese equipaje, fato?

— Hembra tenías que ser pa que el perro a comprender te ganase.

— ¡Ya, pero no quiero que vayas!

El hombre negro por dentro y el braco canelo por fuera salen a la calle: al cazador furtivo le dicen «Mandarrón» (por la blusa larga que teniendo empleo en el Garapito usaba), al chucho lebrero «Mazzantini» (esto no sé por qué).

En el Alijar de los Ababoles tropieza «Mandarrón» con «Candilico», otre cesante, mal vistos entrambos por no dejarse avasallar ni poner los pies en la iglesia. Ahora están tocando a misa de ocho.

— Hay que darles la batalla a los gordos, y aquí no

se arriman a crear el sindicato de los flacos.

— Zamora — sentencia «Candilico» — no se hizo en una hora.

— Pues yo he resuelto no esperar una hora más, porque esto pasa de castaño oscuro.

— A cavar regaliz voy, y salga el sol por Antequera.

— De que te vide con la ajada al hombro lo supuse.

— ¿Y tú?

— ¿No lo barruntas u qué?

— Suerte, «Mandarrón».

— Igual te deseo, «Candilico».

Contemplé el cuadro de la casa sin pan y escuché el diálogo en el Alijar de los Ababules. ¡Fuerte cosa robar para comer, a lo que iban el cavador de regaliz y el cazador furtivo! Era primavera y todo renacía. Tenía la mañana azulidad de imagen en fanal transparente e incitaba a ser buenos. Tañendo, el campanario parroquial llamaba a los fieles.

Pasó el hornero con su carga de encendajas, olorosas a monte; y el pañero de Fortuna, marchoso, con la suya al hombro; y el alcarracero de Andújar, entre todos los foráneos el más extraño y... la solterona desoída de San Antonio, con asiento reservado en el polletón...

En el Peso público y en la botica formaban sus repúblicas con indiscretos y nada solícitos roedores de zancajos: crítica, pesebre y cama.

— Al filo de las doce — aun lo recuerdo — llegan los civiles a la Casa de la Silla con «Mandarrón», esposado, y los guardas jurados con «Candilico» sin esposas. A los del Peso y a los de la botica, que revientan de gozo, no les falta más que aplaudir. Poco sé de leyes, pero entiendo que robar para comer no es delito: delito es comer sin trabajar.

Fuí a reprocharles su satisfacción a los señoritos de la trínca: crítica, pesebre y cama. Me quitaron la intención los propios presos, que al pasar miraron despreciativamente, a título de hombres dignos, a los ociosos de cada jacardillo.

PUYOL

La marcha del hombre hacia el hombre

I. — PRINCIPIO DE UNA SINFONIA: «EL CLAN»

E S cosa cierta que el hombre ha ido transformándose a través del tiempo; esa es la base del drama de las edades pretéritas y futuras de la Humanidad, ya que mayor grado de evolución en la conciencia, requiere mayor dosis de raciocinio. Jamás hubo ser viviente que se combatiera a sí mismo con más terrible desnudo que el hombre y nunca surgió especie alguna con más renovado vigor, después de la colosal e interminable lucha fratricida. El hombre se ha sabido adaptar en el decurso del tiempo y ha demostrado poseer la máquina mortal, sino más perfecta, sí más resistente.

Nadie puede negar el notable adelanto social de la época; sin embargo, los sistemas que rigen las principales comunidades humanas adolecen de tantas fallas que nos enfrentamos a una etapa de reestructuración mundial y, desde luego, el soslayar el problema sería la muerte. Es deber de conciencia de todos los hombres nobles el buscar una solución que sea de carácter mundial y de fuerza orientadora libre, sin cortapisas dictatoriales, ni dogmáticas.

Un estudio retrospectivo es necesario en muchos casos y de un valor incalculable para proyecciones constructivas. El lento movimiento evolutivo humano, lento pero seguro, creó el sedimento revolucionario; el hombre, desde la época de Neandertal, había empezado a comprender en Asia y Europa que era alguien que podía (por lo mismo, ser consciente de sus actos (el saberse existente es el primer proceso funcional de evolución) empero, ése era un principio asequible a muchas especies y no nos diferenciaba gran cosa de ellas; al transcurrir el tiempo el «clan humano» creó la tribu o comunidad en forma organizada (digamos mejor preventiva) y surge así el primer código de normas. En ellas campeará el atavismo y la feroz realidad en extraña amalgama. Pero el hombre ya empieza a caminar.

II. — DONDE SE HABLA DE «LOS ESTADOS MAYORES DEL HOMBRE»

Gonzalo de Reparaz, lusitano, pero ibero ante todo, hubo de sufrir en carne propia los azares de la emigración republicana española; el eminente explorador, escritor e historiador, quiso ir hasta el fin de la tragedia y el último capítulo de su existencia fecunda se escenificó en esta ciudad-

capital de Méjico. El sabio portugués, de sensibilidad confederal, prosista insigne, establece algunas premisas necesarias para el estudio del hombre de la Tierra. Agudamente ataca algunos problemas, de los muchos que adolece la Humanidad. En su libro «Geografía y Política» nos explica:

«Escribese generalmente la historia separando al hombre del Universo, como si el Universo fuese una cosa y el hombre otra; cual si hubiera habido dos creaciones. Esto no es verdad. Como tampoco lo es la historia a la manera clásica...»

Reparaz, pluma temible de la generación del 90, donde alternaron los nombres de Unamuno, Gánivet, Joaquín Costa, Altamira, Zozaya y otros, menciona un problema agudo, en sus puntos esenciales, manifestando: «por este camino se llega a la formación de Estados Mayores Sociales que nada saben de lo que deberían saber. Muchos son abogados, es decir, saben leyes, pero las que los hombres han hecho, no las que han hecho a los hombres. Y viven perpetuamente engañados, perpetuamente impotentes, en la dulce ilusión de que las leyes hechas por ellos, ignorando las otras, modificarán a los hombres y servirán para gobernarlos de donde viene la manía legislativa que trae revuelta a la civilización sin dejarla sosegar un punto, eternamente preñada de vástagos constituyentes...»

Estas afirmaciones de profunda sensibilidad social se corroboran a través del estudio de la lucha de la conciencia por liberarse de las tutelas intencionales; la historia está llena de esa lucha generadora de savia fecunda; se trata de un potencial que genera luz en la mente humana. Los milenios de la historia del hombre están llenos de sátrapas que niegan la individualidad. Recordamos con horror la historia de esos gigantescos túmulos funerarios cual son las Pirámides de Egipto y su historia de vanidad elevada a idolatría oficial. Cheops, Khefren y Micerino son los nombres de los monarcas de la cuarta dinastía faraónica, que hicieron construir esas ingentes moles de piedra, que se yerguen a través de los siglos como una demostración del despotismo elevado a la categoría de arte arquitectónico.

Miles de hombres murieron por elevar la Pirámide-mausoleo a un rey vivo que quería perpetuarse a través de los milenios, si no por su valer humano, sí por su poderío absurdo. Se estremece uno al estudiar las grandes obras de la antigüedad y su total falta de aplicación (en su ma-

yor parte, excepto honrosas excepciones) al bienestar de los hombres: la muralla de China, totalmente ineficaz; los Jardines Colgantes de Babilonia y sus murallas que mandó construir Semiramis... historias donde la tragedia es artística.

Poco a poco el hombre empezó a comprender que podía autodeterminar sus actos, si se lo proponía; que la sangre era roja, pero el talento tenía gradaciones; que existían las naciones y los mitos, porque la ignorancia y el miedo de las comunidades así lo habían deseado. Que él (el hombre) era un receptáculo de poderes insospechados. Y los tiranos empezaron por su parte a entender que su mandato no dependía de un signo misterioso; que su realeza, era en mucho producto de la fortunada teocracia de sus antepasados, pero que, en manera alguna podían ordenar como dioses del destino de sus pueblos. Y entonces empezó la marcha ascendente, el atavismo se tornaba conocimiento y experiencia y el código de ordenamientos intocables del pueblo, por boca y obra de sus sabios, de sus artistas y filósofos; era la ley natural del hombre luchando por sus fueros.

La creencia en la infalibilidad del sacerdocio de todas las religiones, ha sido a través de generaciones, signo de regresión por parte de las masas humanas y torniquete de las grandes mentes analíticas; es necesario en estas notas mencionar a tres grandes hombres que transformaron fundamentalmente a la Humanidad en su eterna búsqueda de la verdad: Sócrates, el gran ateniense; un polaco genial llamado Copérnico, y el hijo de un comerciante de la ciudad de Pisa, Galileo. Esta trilogía nos dará una idea aproximada de la intolerancia del hombre hacia el hombre y la necesidad de una valoración más exacta de nuestra posición en la Tierra. A ello propugnamos las mentes de tendencias libertarias.

III. — UN HOMBRE LLAMADO SOCRATES

Año 339 A. J.

Un tribunal popular ateniense (dikasterion) recibió denuncia de tres ciudadanos prominentes: Anitos, Melitos y Licón; el documento estaba concebido, poco más o menos, en estos términos:

«Sócrates es reo público porque no reconoce los dioses que el Estado reconoce, invocando en vez de ello a unos seres demoníacos; también es culpable de haber corrompido a la juventud...»

Las sátiras de Aristófanes habían dado en el blanco y Atenas cometía la más villana de las injusticias, con un anciano filósofo de setenta años.

Sócrates representa la más alta cumbre del pensamiento griego y es el polemista, a juzgar por los escritos que nos legaron a la posteridad Platón y Jenofonte, más agudo que ha existido en el mundo. En Sócrates el estudio de la Humanidad constituyó un culto inveterado; al respecto su plan es claro: «Me propongo entablar discusiones de tarde en cuando, sobre todo aquello que concierne a la Humanidad considerando lo que es piedad o impiedad; lo que es justo o injusto; lo que es valor y cobardía; lo que constituye la naturaleza del Gobierno sobre los otros hombres y las aptitudes de quienes se sienten dispuestos a gobernarlos; y, además, otros temas cuya ignorancia puede consi-

derarse que, en justicia, no nos hace mejores que los esclavos...»

En Sócrates está la búsqueda constante de la verdad y el interrogante surge ante el enigma: ¿Qué es lo que quieres dar a entender? ¿Por qué justificas tal proceder? Los interrogantes lo vuelven escéptico y su diagnosticismo le hace exclamar: «Tanto sabéis de las cosas terrenales que os creéis capacitados para incursiones en las de orden celestial? Digamos con respecto a los dioses griegos lo que algunos historiadores han apuntado en otras ocasiones, en el sentido de que los dioses del Olimpo eran tan humanos que envidiaban y muchas veces deseaban robar la felicidad de los hombres. El doctor Will Durant, autor de algunos libros sobre la vida e historia de griegos y romanos, profundo conocedor de la civilización de la Hélade, espiga en los diálogos socráticos de Platón y extrae estos conceptos revolucionarios: «De los dioses nada sabemos» y este otro que es un modelo de objetividad: «Si fuera yo a pretender más sabiduría que los demás, no sería por creerme más entendido en las cosas del otro mundo, sobre cuya existencia nada sé». En aquella época, otra cumbre del pensamiento griego, se permitió, al igual que Sócrates, una afirmación que muy bien pudo costarle la vida; se trata de Protágoras: «Sobre los dioses nada puedo decir: ni que existen ni que no existen, ni cómo son. Hay muchas cosas que nos impiden saberlo: la oscuridad del asunto y la brevedad de la vida humana». Concisión heroica en un mundo pagano.

Sócrates, profundo pensador y base de las ideas actuales en apreciable proporción, presenta varias cuestiones apasionantes, entre ellas insinúa si es posible que la moral sobreviva sin el apoyo de las creencias sobrenaturales; el filósofo analiza el problema desde el punto de vista terrenal, que no teológico y afirma que el bien y la belleza son formas de la utilidad y de la capacidad. Resumiendo, el viejo sabio ateniense declara: «Dado que no existe cosa más útil que el saber, constituye la virtud más alta y todo vicio es ignorancia, aunque en este caso, a la virtud se le da más significación de perfección que de negación del pecado». En forma axiomática, Sócrates dice: «Las buenas obras sin el saber son imposibles; las buenas obras con el saber se tornan inevitables. El bien mayor es la felicidad y los medios más elevados para alcanzarla, el saber o la inteligencia».

El genial polemista fué también un valiente soldado que soporta con bello estoicismo el vaivén de las hazañas guerreras y el movido mar de los prejuicios religiosos y políticos, imponiendo la temperanza en las discusiones sobre el significado del hombre en la Tierra; dícese de él que salvó la vida en batalla, de Alcibiades, de ese caudillo de vida azarosa, contradictoria y épica. Este brillante griego, Alcibiades, era el favorito de Sócrates, del cual solía burlarse, despreciando las predicas del sabio, aun cuando lo respetara y amara. Sócrates es en Delos (año 424 A.J.) el último de los atenienses que se retiran del campo de batalla frente a los implacables espartanos y es el mismo filósofo quien contemplando las mercancías y objetos variados de un mercado, exclama: «¡Cuántas

cosas hay allí sin las cuales puedo pasar muy bien»

Su grandeza impresionó a sus detractores y denunciadores hasta el punto de preparar, algunos de ellos, la huida «honrosa» cuando la sentencia de muerte pesaba sobre los hombros del anciano, pero Sócrates tuvo el sublime desdén de negarse a aceptar la fuga, afirmando que deseaba despojarse de la vestidura mortal que le coartaba en la consecución de la perfección. Su muerte, narrada en el bello diálogo platónico: «Fedón o de la Inmortalidad del alma», es la muerte de un justo, y tendría que tener, como tuvo, resonancias mundiales. Acusado de «irreligiosidad» tuvo en sus últimos instantes un acierto irónico y trágico (quizas el que presidió su vida misma); era usual en casos «in extremis» inmolarse un gallo en honor de Esculapio, el dios de la medicina, en acción de gracias, ya que al conceder al mortal la muerte le libraba de los innumerables males de la vida; sintiéndose Sócrates el abdomen helado, a punto de expirar cuando la cicuta completaba su breve ciclo inexorable, dijo a Critón: «Debemos un gallo a Esculapio; no te olvides de pagar esta deuda...» Momentos después dejaba de existir. La intolerancia había hecho blanco en un librepensador. «Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera.» Tal decía Machado al hablar del hombre y de la muerte. Y así Sócrates entró con el frágil eskuife de su alma, al enorme lago, a la inmensa mar del Infinito, dejándonos la estela luminosa de su paso por el mundo.

Junto con el viejo filósofo las figuras venerables de Anaxágoras, de Protágoras, y de Eurípides forman el más impresionante conjunto de vanguardia de toda la época helénica. El mundo confronta hoy el mismo problema de aquel entonces y hoy, como ayer, surge el interrogante: ¿Podrá el hombre liberarse del atavismo secular y caminar hacia una ética natural que lo haga artífice de su propio destino?

IV. — HISTORIA DE UN GRAN SILENCIO (COPERNICO)

El 19 de febrero del ya remoto 1473 fué un día memorable para la pequeña ciudad polaca de Thorn (Thorn). Había nacido Nicolás Copérnico. Desde ese año, hasta el 1543 en que muere el genio y surge al mundo su libro «De Revolutionibus Orbium» un gran silencio rodea la vida del poeta del sistema planetario. De las brumas de Polonia emerge el más potente taladro para la fiera dogmática de la Iglesia Romana, obtusa y política. Un gran silencio y una gran verdad.

Del cúmulo de explicaciones fantásticas surgidas de los caletres científicos de los sabios babilónicos y egipcios quedó la teoría griega de Ptolomeo expuesta en su *Almagesto*, por sobre las prudentes de Epicuro y Demócrito: La Tierra era el centro del Universo. Las escrituras lo decían y la Iglesia lo apoyaba aunque fuese con leña verde. He aquí el gran silencio de un hombre: el temor a la intolerancia. Tal parece como si la vida de este ser humano sirviera como pantalla cándida para el posterior estallido de una idea revolucionaria.

Examinar su figura con el extraño atuendo del medioevo; el Renacimiento aflora ante sus asombrados ojos de adolescente. La tierra pródiga de Virgilio indica al joven de las tierras brumosas que el Mediterráneo es hervidero de pasiones e ideas. Aprende mucho y de todo. Estudia en Padua y Bolonia. En Roma le dan una cátedra de Matemáticas en la Universidad, donde tiene un discípulo que más tarde será Papa: Alejandro Farnesio. Es consultado para la reforma del calendario en 1514 y su notable capacidad se pone de relieve al dar al año una duración de 365 días, 5 horas, 55 minutos, 57 segundos. Se había equivocado (sobre los cálculos modernos) en sólo 22 segundos. El Papa Gregorio lo tendrá en cuenta para la reforma del calendario en su forma actual.

Los osos y zorros de sus tristes bosques natales, se transforman, por arte de la mundana alquimia, en graves caballeros que visten con galas purpúreas, adornan sus cabezas con el capelo de príncipes de la Iglesia y tienen, algunos, una singular debilidad por la mandolina, el florete o el puñal florentino, la pócima mortal o el quiebre gracioso de las muchachuelas romanas.

El joven Nicolás oye serenatas de amor, lee a Plauto y descubre a los humanistas. Descubre también el límpido cielo de Italia y las estrellas que en él cintilan. En éstas, sus primeras y serias incursiones hacia la bóveda celeste (lo fundamental se lo dió Brudsewsky en Cracovia) es dirigido por el célebre astrólogo María de Novara.

El mundo latino, fantástico y sugerente se estremecía a impactos históricos de sensacional calibre. Roma se volvía, de nueva cuenta pagana, bajo el efecto de las horribles orgías de Rodrigo Borgia, que asume el Papado bajo el nombre de Alejandro VI. En las calles de la capital del mundo cristiano, conjuras tenebrosas, asesinatos políticos bajo la cómplice mansedumbre del Tiber. Pero Italia tenía compensaciones maravillosas. ¿Quién, entre los mortales, osará no admitir a Miguel Ángel? ¿Quién no rendirá pleitesía a Leonardo da Vinci? Estos talentos de multifacética pureza son hombres tallados para la eternidad.

Los quince años de maremagnum itálico hicieron de Copérnico un pensador y también un eminente científico que domina variadas y notables disciplinas: Matemáticas, Medicina y Jurisprudencia. Este conjunto de sabiduría generará en Nicolás, junto con su conocimiento del mundo de entonces, la firme y muy prudente determinación de no inmiscuirse en asuntos que pudieran, por su índole, interferir en la tranquila vida del jalacio episcopal de Heilsberg donde, bajo la protección de su tío el obispo Watzelrode, funge como secretario y consejero de ciencia particular. Existen indicios para afirmar que, en alguna reunión particular en ese palacio, Copérnico expusiera las primicias de sus estudios del sistema heliocéntrico. Mas ¿a quién interesaría lo tratado en la prudente reserva de Heilsberg? Fuera de los muros del viejo palacio episcopal gobernaba, rey y señor, un legendario astrónomo del siglo II A.J.: Ptolomeo. La Tierra era el centro del Universo; Roma el centro político de la Tierra, aun cuando acababa de surgir en Wittenberg un ex fraile de endiablada

personalidad: Martín Lutero, el cual logró la mayor división del poder religioso en Europa. Los reinos insulares de Inglaterra y Escocia y los del continente: Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania del Norte y la tierra de Juan Huss, Bohemia, se separaron del poder pontificio. ¿Sucedería algo similar en lo referente al mundo científico sostenido, firme, férreamente, por los doctores de la Iglesia.

El orgullo, el egocentrismo se genera, fundamentalmente, por la ignorancia.

¿Qué hacía Nicolás en Heilsberg? ¿Por qué ese silencio?

A los cuarenta años Copérnico es sacerdote en una pequeña ciudad a orillas del Báltico. Allí se dedica a estudiar, comprobar y madurar su gran reto al mundo de la ciencia astronómica. Piensa en los vagos sentimientos, convertidos ahora en certidumbre, que asaltaron al joven Nicolás en Cracovia y en Florencia; se acuerda de las estrellas y de María de Novara.

En esos años un profesor de Wittenberg (la sede de Lutero), Bheticus y un grupo de amigos, entre ellos el colega de su tío Tiedemann Giese, escuchan el canto profético de un nuevo adalid de la ciencia. Copérnico les ha leído su sensacional libro. Era el más tremendo ariete científico surgido en latín. Por medio de él, el mundo se enteraría de que un viejo canónigo nacido en Thorn tenía extrañas ideas acerca del mundo y los mundos que nos rodeaban. La Tierra giraba sobre sí misma y dependía del sol, centro y nervio motor de todo el sistema planetario. Los amigos obligan al polaco genial a salir del tranquilo anonimato. Con todo mantiene sus fundados recelos; al dar a la imprenta el revolucionario manuscrito lo coloca bajo la protección de su viejo amigo el Papa Paulo II, y en previsión de las enconadas polémicas, le dice:

— Vuestra autoridad y amor a las ciencias en general y a las matemáticas en particular, me servirán de escudo contra los malvados y pérfidos detractores, no obstante el proverbio que dice que no hay remedio contra la mordedura del calumniador.

Como un símbolo al silencio que ha rodeado su vida, no verá, sino a punto de expirar, el primer ejemplar de su libro, el cual quedará entre sus manos yertas como honroso compañero de tránsito. Al principio, las altas autoridades eclesiásticas guardarán silencio. Se difundían tan lentamente las noticias; era tan confusa la noción que el pueblo tenía en lo concerniente a los problemas astronómicos. Pero repentinamente la Iglesia, horrorizada y admirada a la vez, estigmatizará el libro, y al hombre que lo hizo le aplicará la excomunión postmortem. Por fin, el mundo sabe lo que ocultaban los muros de Heilsberg.

Pasarán dos largos siglos para dar la razón, en forma oficial al oscuro polaco que osó transformar los fundamentos de la ciencia astronómica discrepando de Aristóteles y Ptolomeo. Quizás, de haberlo sabido, el espíritu sardónico de Sócrates se divirtiera.

Y he aquí, cómo de un gran silencio surge una

gran verdad. La tranquila comedia iniciada en Thorn y seguida en Cracovia, Bolonia, Florencia, Padua y Roma, tornada en drama de Heilsberg y el Báltico, conviértese finalmente en tragedia de siglos, con un último acto victorioso. Los detalles que intuyó Copérnico tienen lugar en forma sensacional. En el año 1600 la Iglesia se estremece al oír las doctrinas de Giordano Bruno y es un monje italiano que inmortalizará su nombre al ser convicto de herejía y quemado públicamente en Roma. Galileo probará, en forma científica las teorías de Copérnico; por ello fué vejado y murió en una pequeña casa de campo designada como confinamiento cerca de Florencia. Johannes Kepler dijo que los planetas se movían en curvas elípticas y no en círculo, y, naturalmente, fué declarado apóstata. Newton finaliza, con su teoría de la gravedad y los cursos de la Luna, la Tierra y el Sol, con la incertidumbre científica, que lo era más política que otra cosa.

Y así, doscientos años después de la salida de «De Revolutionibus Orbium coelestium Libri VI. Norimberae 1543» la verdad alumbra el triste sol de Thorn y una tumba sencilla en Polonia.

La marcha de la ciencia astronómica ha proseguido después de sus básicos prolegómenos aquí mencionados, pero el nombre de Copérnico quedará inscrito como una de las conjunciones más geniales de la Humanidad y como uno de los retos más directos a la intolerancia de los hombres.

Fué, a no dudarlo, una de las más notables luchas contra el ficticio mundo de los dogmas, que sigue dominando, aún con fuerza, al mundo del pensamiento. Más adelante, para completar la fase principal del drama, hablaremos de Galileo.

Si hemos escogido para completar la trilogía fundamental de la marcha del hombre hacia el hombre, la figura de Galileo Galilei, es porque, concordando con varios escritores e historiadores, vemos en la vida del ilustre hijo de Pisa la unidad más sublime del hombre con el científico; es el sociólogo quien aparece en forma inspirada en la serie de razonamientos con que Galileo esmalta la época de su vida y sus experimentos científicos. Son las exigencias de un ser con criterio independiente y fervoroso partidario de Bacon las que hacen del insigne astrónomo y mecánico una luminosa conjunción de objetividad y sensibilidad humana insobornable. Su drama es tanto más grande, puesto que procede del tormento de una conciencia genial, que no pudo permanecer silenciosa ante la estúpida caducidad dogmática de una Iglesia que sólo supo agrilletear, no liberar.

..

Observad esta escena. Se desarrolla en la iglesia del convento de la Minerva y ha sido ordenada por el Tribunal del Santo Oficio o Sagrada Congregación cardenalicia de la Inquisición Romana y Universal, culta institución fundada por el sapientísimo Papa Pablo III. Reparad en la fecha: es el día 22 de junio de 1633. Hace, pues, 90 años que Nicolás Copérnico duerme el sueño eterno; hace 90 años que surgió su libro inmortal. Han trans-

currido 33 años desde que Giordano Bruno fue quemado por tener ideas. Solamente tres median desde la muerte de un hombre sabio y desgraciado, Johannes Kepler, discípulo de Ticho-Brahe. Sí, éste es el famoso Kepler que amplió el descubrimiento de Copérnico al comprobar que los planetas describen elipses en torno al sol. Repetimos: Observad la escena. En ella, una muchedumbre se aglomera donde las ricas vestiduras nos advierten la presencia de gente de capelo. Soberbia escena. En el centro del salón, un anciano de porte venerable está arrodillado y en camisa (es un hereje que va a abjurar). Oíd su voz para vergüenza de las bestias que lo rodean y que aún existen. ¡Oh mundo!:

«Yo, Galileo Galilei, hijo del difunto Vicente Galilei, florentino, de setenta años de edad, personalmente en estado de ser juzgado y arrodillado ante los eminentísimos y reverendísimos jueces, los cardenales inquisidores generales contra los crímenes de herejía en la Universidad de la República Cristiana, teniendo bajo los ojos los Santos Evangelios que toco con mis manos...»

No oigamos. Shakespeare proyecta con la figura de un príncipe melancólico un reto: ser o no ser. Ese pobre hereje que abjura, tiene un rasgo inmortal... Al incorporarse, flotantes las barbas, y el desprecio hacia los capelos torvos e ignorantes, surgirá una frase, a media voz «Pero se mueve».

No sabemos si los sapientísimos doctores de la Iglesia advertirían el gesto, pero lo que no perdonaron a Galileo Galilei, hijo de Vincenzo, gentil-hombre de Pisa, fué la reclusión. Ni su amistad con gente de la Iglesia, ni la influencia del duque de Torcana, que lo protegía en Florencia. La Iglesia romana, ofendida, quería castigar la osadía de un hombre que violaba las Sagradas Escrituras y repudiaba las ideas de Ptolomeo.

Galileo nace en 1564 en la ciudad de la torre inclinada: Pisa. Descubre que odia el fanatismo en las aulas de la propia ciudad. La forma dogmática con que se pretende enseñar las ideas de Aristóteles y el sistema de Ptolomeo, le producen indignación. Las doctrinas de Copérnico, que circulaban libremente en todos los centros culturales conquistados, en forma secreta, con creciente número de adeptos, le impresionaron en su doble aspecto de astrónomo y matemático. Esclavo de la observación científica constante, Galileo se revela como una mente polifacética. Inventa uno de los primeros termómetros, crea el compás de proporciones, y es el primero que crea un pequeño telescopio para ahondar en la inmensidad del Siderio. Estudiando las fases cambiantes de Venus, afirma las ideas de Copérnico; cuatro satélites de Júpiter (a los cuales llamó «Planetitas de los Médicis») son descubiertos por el sabio. Los primeros trabajos científicos le granjearon los primeros enemigos en Pisa; gran parte de su vida, quizás la más placentera, transcurre en Padua, donde enseña matemáticas. En el 1610, bajo la protección del gran duque de Toscana, marcha a Florencia. Todo iría bien si Galileo, al descubrir las manchas solares, comprobara la rotación sobre su eje del astro máximo de nuestro sistema planetario. Roma se estremecería.

Como una advertencia de que la Iglesia no per-

dona, el profesor Castelli, en su natal Pisa, es obligado a suspender sus cursos heréticos, por medio de los cuales sostenía las ideas de Copérnico. Merced a una denuncia del padre Caccini al Tribunal de la Inquisición, tiene en 1616 que defenderse. Sale absuelto, pero no así el glorioso «De Revolutionibus Orbium» de Nicolás Copérnico, ni «El libro de Job» de Diego Zúñiga, los cuales son considerados como satánicos por la Congregación del Index. (Esta misma Congregación tiene condenados a los más brillantes autores mundiales actualmente y en España organizó piras con los libros excomulgados. Las llamas fundieron a Víctor Hugo con Emilio Zola).

Su famoso libro «Diálogos», donde explica las dos teorías en pugna sobre el sistema planetario, es excomulgado en el juicio de 1633, cuyo final hemos visto al principio del presente artículo. La sentencia incluía párrafos como el que sigue, modelo de cerrilismo: «...te has hecho, para este Santo Oficio, vehementemente sospechoso de herejía en cuanto has creído y sostenido una doctrina falsa y contraria a las santas y divinas escrituras, a saber: que el sol es el centro del orden terrestre; que él no se mueve de Oriente a Occidente, que la tierra se mueve y no es el centro del mundo...»

..

Confinado en su granja de Arcetri, cerca de Florencia, manifiesta a un amigo: «...las pocas «Arpens» (1) de mi granja me van habituando a las tres brazas de la tumba». Pero afirmando, que todavía tenía pensamientos libres y dignos de un hombre.

Confiaba en el juicio de la posteridad, porque estimaba que la Humanidad evolucionaría hacia un grado de temperanza donde pudiera estudiarse bajo el cartabón de la inmensa ignorancia y humildad humana. Despreciaba los dogmas por lo que tienen de afirmación incontrovertible. Gustaba del libre examen y discusión de los problemas que se plantean diariamente. La sabiduría es la medida de la acumulación creciente y diaria de los conocimientos humanos. El mundo se ensancha en la mente del hombre, al mismo tiempo que la conciencia. Mayor grado de conocimiento requiere mayor temperanza y por lo tanto mayor perfección. Sólo un clima de libertad puede otorgar la libertad de adquirir más conocimientos.

..

Ciego e insultado, Galileo Galilei muere el 8 de enero de 1642. Tres días antes había nacido Isaac Newton. Un coloso sustituye a otro coloso. El legado máximo de Galileo constituye, pese a la Congregación del Index de los sapientísimos doctores de la Iglesia, una inmensa fe en el porvenir humano, libre de tutelas molestas y frenadoras. En la conciencia de los hombres, en su marcha por auto-conocerse, Galileo ocupa un lugar destacado. Siempre estará presente.

México, D. F.

(1) Se trata de una medida gala equivalente a media hectárea, poco más o menos.

LAS VIDAS AGITADAS

RUBENS

NACIO Pedro Pablo Rubens en Siegen, pueblo de Westfalia, el 29 de junio de 1577. Era hijo de un sabio jurisconsulto, hombre galante y apasionado, que murió en la cárcel, preso por Guillermo de Nassau a causa de los amores que tuvo con Ana de Sajonia, esposa de ese príncipe. Este drama amoroso no lo percibió Rubens, ya que desarrollóse durante su niñez. Sin embargo, de su padre, tan sabio como humano, heredó la sensualidad sana y tiente; de su madre, Maria Pypelinx, la seriedad y la voluntad que caracterizóle durante toda su vida.

Muerto su padre a consecuencia de aquellos amores al margen del matrimonio, quedó Rubens con su madre y sus hermanos. Maria Pypelinx dedicó su existencia, turbada por el drama pasional de su esposo, a educar a sus hijos. Desde muy niño, manifestó Rubens sus aficiones al dibujo. No obstante, su madre lo destinaba a la magistratura; pero como era aun muy joven, lo puso de paje en casa de Margarita de Ligne, viuda del conde de Lalaing, antiguo gobernador de Amberes. Su apostura y gentileza, su instrucción y la facilidad con que se expresaba en varias lenguas, le granjearon las simpatías de aquella dama; pero su carácter independiente y su inclinación hacia el arte, le llamaron por otro camino. Logró imponerse a su familia, entrando como aprendiz en casa del pintor paisajista Tobias Verchaecht, del cual pasó al de Van Noorff. En el de éste permaneció cuatro años, transcurridos los cuales, ingresó en el de Veenius, que fué su verdadero maestro. En mayo de 1600 se trasladó a Italia.

Rubens vivió ocho años en Italia, empleado la mayor parte de este tiempo por el duque de Mantua. Pasó varias temporadas en Florencia, Génova y Roma, em-

papándose de todo el espíritu del Renacimiento. Misiones encomendadas por Vicente I de Mantua, obligaron a Rubens a hacer su primer viaje a España. Las misiones eran unas diplomáticas y otras... singulares. Parece ser que la principal misión del pintor en su viaje a España era alcanzar retratos de bellezas españolas, para una galería secreta de desnudos que deseaba poseer el duque de Mantua. En la carta que Vicente I escribió a su representante en Madrid, Iberti, presentándole a Rubens, le invita a que busque medios para que el pintor haga retratos de damas bellas y de calidad. Parece que la misión de Rubens fué satisfactoria. Numerosas obras compuso durante su estancia en España. Su ingenio, su apostura varonil, su cultura múltiple, su tacto, le valieron numerosas simpatías y limaron asperezas lógicas, ya que el temperamento ruidoso y libre de este artista lleno de la luz de Italia e influenciado por la Grecia que a través del Renacimiento revivía, tenía, como dijo Gillet, mucho más de pagano que de cristiano y había de chocar necesariamente con la sombría corte española, habitada aún por el tétrico espíritu de Felipe II, que era el espíritu de toda la casa de Austria.

La misión, en cierto modo indigna que le recomendaba el duque de Mantua, ya que se trataba de utilizar los bellos rostros de púdicas beldades españolas para pintarlos sobre cuerpos desnudos que no eran los suyos y sin el consentimiento de las dueñas de los rostros, repugnó a Rubens. Y cuando el soberano de Mantua le recomendó que abandonara España y se trasladase con pinceles y bagajes a Francia para realizar la misma comprometida misión, Rubens pretestó respetuosamente de aquel «pretexto bajo», solicitando su libertad.

Rubens estaba impregnado de Leonardo, Rafael, el Veronés, Tintoretto, Julio Romano, deslumbrado por la grandeza terrible de Miguel Angel. Esta educación y repercusión artística le hubieran condenado a no ser más que un artista de reflejos pasados, si su genio espontáneo y su enérgica y vigorosa personalidad no le hubieran dado la virtud milagrosa de absorber los resultados del Renacimiento y hacer revivir con sus pinceles una antigüedad joven, llena de gracia y de originalidad.

La obra más antigua que de Rubens se conserva es quizá el tríptico pintado en 1602 para la iglesia romana de Santa Cruz de Jerusalén. El cuadro más hermoso de los que ejecutó el artista durante su estancia en Italia, es el «San Jorge», que se conserva en el Museo de Grenoble, ejecutado bajo la influencia de Correggio, Rubens, que tenía entonces treinta años, se manifiesta en él como el primer pintor flamenco que asimiló con naturalidad el espíritu del Renacimiento.

Rubens no sólo estudió en Italia la pintura, sino que cursó humanidades y allegó un verdadero caudal de conocimientos científicos. Además, Rubens, como dice Gillet, adquirió lo que nunca tuvo un artista del Norte: la noción de la forma, la del arabesco y la frase melódica, ese arte del *bel canto*, que constituye el encanto perenne de las grandes obras de Italia. Volvió a su país cargado de ciencia, de recuerdos y de estudios, pero este bagaje inmenso no estorbaba su libertad ni retardaba su marcha. Su educación erudita no lo enfriaría. Alma generosa, cordial, entusiasta; tiene treinta y dos años. Ha hecho el viaje de las ideas pintorescas. El es el heredero de muchas razas y de muchas esculturas. Los maestros, lejos de oprimirle, le inflaman en

deseos de rivalizar con ellos. Pocos hombres han reunido en sí mayor riqueza, genios más diversos, aptitudes de tal amplitud, imaginación más noble y temperamento sensual, un alma más ardiente, una sensiblería más viva.

Vuelto Rubens a Flandes en 1609, se estableció en Amberes, siendo nombrado pintor de los archiduques el 23 de septiembre y contrayendo matrimonio el 3 de octubre con Isabel Brant, cuya imagen nos dejó en el célebre grupo de la Pinacoteca de Munich. En 1610 le encargaron un cuadro que le dió ocasión para pintar su primera obra verdaderamente genial. Tomó por asunto la erección de la cruz, que ya había tratado ocho años antes en el cuadro que pintó para la iglesia de Grasse. El lienzo se conserva en la catedral de Amberes. El cuadro, austero y magnífico, evoca el vigor y la grandeza de Miguel Ángel dentro de una tonalidad nueva, personal e inconfundible.

Sería imposible ir señalando una por una las obras múltiples que pintó Rubens. Pocos artistas han sido de una fecundidad tan asombrosa. Producía con una naturalidad y una rapidez que dan una medida de su inspiración y de su genio.

Aparte de sus obras de asuntos religiosos, los retratos que pintara y la famosa colección de lienzos que le encomendara la reina María de Médicis, sobre paisajes de la vida, abordó los asuntos paganos y puramente artísticos con la misma audacia, con más colorido, más gusto y más alegría. Su pasión por el desnudo, heredada del Renacimiento, chocaba con los gustos de los mecenas puritanos y se dificultaba por los asuntos que la necesidad económica le obligaba a trabajar. Así se ve cómo Rubens, pintor sacro, es el más irreverente, pagano y sensual de los pintores.

Y es preciso reflexionar en lo que era la corte española bajo los reinados de los Austria, para comprender el efecto que en ella habían de hacer las obras de Rubens, que llegó a ser pintor de cámara de Felipe IV. Su célebre cuadro «El juicio de París» una de sus últimas y mejores produc-

ciones, escandalizó a la corte española. Y como se quejara el infante don Fernando, hermano del rey, «de la excesiva desnudez de las tres diosas», replicóle el artista que era precisamente en eso en donde se veía el mérito de la pintura. «La Venus situada en medio —escribía el gobernador de los Países Bajos a un amigo— es un retrato de la mujer del pintor, la más bella de todas las damas de Amberes». Esta mujer del pintor a que hace mención la carta era ya la segunda, sobrina de la primera. Cuando se casaron, ella tenía 16 años y Rubens 53. «La deliciosa nana, dice Gillet, dió a su esposo una segunda juventud. Jamás hubo mujer tan amada y amada con menos discreción». En efecto, después de su matrimonio con Elena Fourment, Rubens pareció obsesionado por la belleza y juventud de su esposa y multiplicó los lienzos que no eran más que confidencias de su amor. Entonces fué cuando se manifestó con toda su fuerza su temperamento sensual, el ardor amoroso que había heredado de su padre. La primera mujer fué la pasión sencilla, tranquila y casta. La segunda fué un refloreCIMIENTO potente y borrascoso, feliz también, porque Rubens, fuerte y sano aún, supo hacerse amar de Elena. Todas las mujeres de los cuadros que pintó después de su segundo matrimonio eternizan la seductora imagen de Elena. Vestida o desnuda, con lujosos trajes o sólo con un abrigo de pieles, sola o en brazos de su esposo o con el primer hijo que de la unión naciera, más de veinte lienzos de los museos de Viena, París y Munich han conservado su imagen. En los cuadros de asuntos bíblicos o mitológicos en que debe aparecer una mujer hermosa, es ella siempre. Es Susana, Diana, Euridice, Dido, Andrómeda, Venus.

Los viajes de Rubens y sus gestiones diplomáticas en Francia, Italia, Inglaterra, España, fueron intermedios que no alteraban su trabajo continuo. Dejó una cantidad de grandes obras verdaderamente fabulosas: se elevan a unos 1.200 trabajos, sin que en ellos haya ninguna obra incompleta, inconcluida, mediocre. A pesar de lo que viajó, de su actividad al margen del arte, de las

intrigas cortesanas en que se vio mezclado en España y en Inglaterra, laboraba sin descanso y sin fatiga.

Este hombre, como sus antecesores y maestros italianos, siempre mimado por reyes, príncipes y magnates; este hombre, pintor religioso en numerosas obras fué, ante todo, un hombre de temperamento individualista y libre, de personalidad poderosa y rebelde a toda coacción; voluntariamente más pagano que católico. Gillet dice: «Tiene la cabeza formada como todos los grandes nombres de la época: fieles y serios en la vida privada, humanistas por la cultura y los hábitos de la razón. Este gran pintor de la iglesia es poco cristiano en el fondo...»

Esta vida tan intensa y tan fecunda fue, hasta el último instante, digna de un artista por temperamento, por bella y plena manifestación vital. Para su tumba destinó, testamentariamente, un cuadro en el que se representaba con sus dos esposas: la primera, Isabel Brant, en figura de Virgen María; la segunda, Elena Fourment, en María Magdalena.

El 27 de mayo de 1640 extendió Rubens su testamento, disponiendo el destino de sus cuadros, señalando los que habían de ser para la venta y los que destinaba a su esposa, la Elena tan amada, y a los hijos que hubo de las dos mujeres. Los dibujos trazados e inéditos los destinaba para aquel de sus hijos que quisiera ser pintor y para aquella de sus hijas que se casara con un artista. Tres días después del que redactó su testamento, murió tras violentos dolores que le producían frecuentes ataques de gota, dejando a Elena encinta de un niño que nació el 3 de febrero de 1641. En 1645 Elena volvió a casarse, renunciando al nombre ilustre que hasta entonces llevara, para trocarlo por otro vulgar y desconocido, y olvidando, por ley ineludible y justa de la vida, la memoria del hombre que le dió una inmortalidad que pocas mujeres pueden alcanzar por medio de una belleza efímera, pero que en ella fué prolongada eternamente por el genio y el amor supremo del gran artista.

SOLEDAD GUSTAVO

El pensamiento vivo de José Prat

(Conclusión)

«Demoler, eso hace el amigo Prat; demoler, eso es necesario que hagamos muchos. Para construir de nuevo, es preciso derribar antes con mano dura el vetusto caserón de las históricas instituciones.»

RICARDO MELLA

De todas las farsas utilizadas por la maldad humana para tener sujetos a los pueblos en la esclavitud económica, ninguna tan odiosa y repugnante como la farsa religiosa.

Dios, autoridad del sacerdote; monarquía, autoridad del monarca y de sus favoritos; república, autoridad de sus ministros; socialismo de Estado, autoridad de los que lo representan; capitalismo, autoridad del patrono; autoridad y siempre autoridad...

Los fabricantes de dioses son la peor de las calamidades públicas.

El catolicismo, que ha quemado millares de herejes — sin tener en cuenta que el primitivo cristianismo era también una herejía —, que ha despanzurrado a medio mundo para hacer respetar e imprimir la cruz — la cruz del hombre que se dejó arrebatar la vida para no predicar la matanza —, que ha excolmugado a media humanidad — sin querer acordarse de las catacumbas —, este catolicismo intolerante, inconsecuente, fanático y despótico, ¿qué es lo que enseñó del cristianismo a los hombres?

Con el catolicismo no ha triunfado la tolerancia ni el espíritu de justicia, ni la bondad, ni la fraternidad, ni la igualdad; ha triunfado la mansedumbre, la humildad y la resignación: tres palancas distintas y un solo embuste verdadero, con el cual ha venido perpetuándose la desigualdad económica, la tiranía de la fuerza material, el desprecio del derecho colectivo y el escarnio de toda justicia.

«La leyenda de la humildad!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esta humillación del misero ante las arrogancias de la soberbia que tiene la ridícula pretensión de dirigir al rebaño humano.

«La leyenda de la mansedumbre!... Yo no he visto nada tan bajo, tan cobarde, tan abyecto como esa mansedumbre del abofeteado que aún presenta el otro carrillo.

«La leyenda de la resignación!... Yo no he visto nada tan embrutecedor, tan estúpido, tan antinatural como esa resignación ovejuna del despojado eterno que no reivindica sus derechos a la vida material, moral e intelectual.

«Cree en Dios, en la otra vida, en sus goces — predica el religioso —; déjate guiar por mis consejos y en justo pago de mis servicios, ¡oh pueblo sumiso y obediente! aliméntame y vísteme.

«La autoridad es de origen divino — dice el monarca —; soy su representante en la tierra y debéis prestarme obediencia; en cambio de mis servicios vísteme, cálzame y deja que me harte.

«Respetad la ley — dice el legislador —; porque es la expresión de la justicia, y conformaos con vuestra condición de siervos; pero yo debo estar exento de ella porque soy superior a vosotros».

«Sed religiosos, respetad las leyes, trabajad resignados, y el trabajo será el pago de vuestros desvelos; pero yo cobro la renta», dicen el propietario y el capitalista.

Y el magistrado: «Al que no obedezca todo esto, que tiene su origen en tan alta esfera ultraterrena, le echaré encima la policía y el soldado, para hacerle entrar en razón, cuando no, dejaré que se pudra en la cárcel».

No hay razas superiores ni razas inferiores, potencialmente son todas iguales; son los regímenes económicos y políticos lo que las hunde y las eleva alternativamente.

Si el hábito de ver siempre una misma cosa no nos hiciera familiarizarnos con ella hasta el extremo de considerarla absolutamente necesaria, imprescindible para nuestra vida; si en lugar de ser la estúpida rutina fuera la constante observación lo que determinara nuestros actos, muchas creencias, hoy arraigadísimas, irían a parar, arrojadas por nuestra propia voluntad, al cesto del olvido.

En nombre de la sociedad se imponen a los individuos, desde el nacer, determinadas nacionalidades, leyes, prácticas y costumbres... Y yo pregunto: ¿en virtud de qué? A lo cual responden los pontífices de la ciencia económica: «Porque los derechos de la sociedad son primero y superiores a los del individuo, y éste tiene que estar forzadamente subordinado a aquélla, porque es un sér sociable». El argumento, a primera vista, parece que no tiene vuelta de hoja; pero, a mi juicio, la tiene, y es conveniente echar por los suelos respuesta tan doctoralmente emitida, y que tiene mucho de metafísica.

¿Quién fué primero, el individuo o la sociedad? Creo ocioso responder. Si la sociedad es, pues, la resultante de una asociación de individuos, mis derechos todos sobre ella son innegables y no le debo sumisión ni respeto. ¿Por qué, pues, la sociedad me exige esto, lo otro o lo de más allá, desde el nacer, y sin esperar a consultarme a que tenga uso de razón?

La idea de sociedad y su consiguiente explicación arranca, como se ve, de lejos: Dios, monarquía, sociedad... y esclavos, siempre esclavos, nada más que esclavos.

El hecho de que el individuo sea sociable no dice absolutamente nada en apoyo de la pretendida superioridad de la sociedad sobre el individuo.

Las células se asocian también para formar organismos y no dejan por eso de ser libres.

Al nacer encuentro un cúmulo de leyes que no contribuí a formar, pero que, llegado a los veinte años, me conducirán al cuartel o al campo de batalla: ¿dónde está mi libertad?

Nazco al azar, pongamos por ejemplo, en España y la ley me hace español; bautizarme los que me dieron el sér y héteme cristiano: ¿dónde está en esto mi libertad?

Mi razón se da cuenta del peligro individual; habla en mí el instinto de conservación y protesto con todas mis fuerzas? La cárcel, cuando no el pelotón de ejecución, me enseñarán a obedecer: ¿dónde está mi libertad?

Me siento con suficientes aptitudes para estudiar esto, aquello o lo otro y ser un sabio; pero

como ni mis padres ni yo tenemos medios económicos y el estómago no tiene espera, he de malograr todas mis aptitudes: ¿dónde está mi libertad?

Me siento débil físicamente, el trabajo manual me enferma por excesivo; pero como el susodicho estómago no tiene espera, la tisis del taller o el grisú de la mina acabarán, dándome cuenta de ello, con echarme a la fosa prematuramente: talla: ¿dónde está aquí mi libertad?

Si soy hombre y el organismo no tiene espera, hallo el lupanar a mi disposición, y entonces ¡abur pureza! Si mujer, sacrificaré exigencias fisiológicas y me consumiré en la castidad: ¿Dónde está en esto mi libertad?

Siento que en mí sube lozana y pura la primavera de la vida; hallo un individuo del otro sexo, simpatizamos y nos amamos; pero el nido no hay modo de hacerlo, porque apenas si entre los dos ganamos para la vida de uno: ¿dónde está mi libertad?

La sociedad-organismo está basada en un error; es la esclavitud material, moral e intelectual del individuo en beneficio de los menos (clases privilegiadas).

Los hechos dan la razón a Montesquieu: «La corrupción rara vez empieza por el pueblo». Y ¿cómo podría empezar por el pueblo si aún está habituado en creer en supuestas y sugestivas virtudes de los que lo dirigen?

Madame de Pompadour decía que «todo el secreto de la política está en saber mentir con oportunidad».

Por algo decía Napolón que «la libertad política bien analizada es una fábula de convención, discurrida por los hombres que gobiernan, para adormecer a los gobernados».

«El que hace crecer dos espigas o cañas de trigo donde antes sólo había una, es más útil a la humanidad — ha dicho Sterne — que todos los diplomáticos del mundo reunidos». Y Sterne tenía razón, pues es el trabajo lo único que puede y debe hacer feliz a los pueblos.

Selección de V. Muñoz

MEDITACIONES

¡Yo no sé si ese mundo de visiones vive fuera o va dentro de nosotros, pero sé que conozco a muchos a quienes no conozco!

BECQUER

La literatura de la guerra y la era nueva

I

INTRODUCCION

UNA investigación crítica, en el sentido severo, y en cierto modo, absoluto de la literatura consagrada a ese complejo y trágico fenómeno estrictamente humano que se llama «guerra», es imposible ahora, cuando apenas hemos salido de su actualidad febril y dolorosa. La crítica necesita, en primer término, una documentación cuanto más detallada, la perspectiva histórica — el tiempo que selecciona y clasifica, la correlación con realizaciones anteriores y con aspiraciones que empiezan a vislumbrarse en el porvenir cercano. Necesita también ese apaciguamiento de las pasiones o, por lo menos, ese principio de cristalización de la cultura general en una fase nueva, ese encauzamiento de varias corrientes hacia metas mejor coordinadas bajo la luz de los ideales comunes.

No intentamos, pues, hacer un estudio crítico en estas páginas. Sin embargo, creemos que existen posibilidades de investigación, aun para los que no son especialistas en crítica literaria. La literatura de la guerra no es tanto un «problema» a estudiar, como una interrogante que se impone de por sí a cualquier conciencia preocupada por muchos otros grandes problemas de nuestro tiempo. Esta interrogante surge de un modo natural de realidades vividas, sentidas profunda e imperiosamente. Nuestro tema no es limitado a ciertas formas literarias, a manifestaciones específicas; es orgánicamente entrelazado con los problemas vitales de una sociedad agitada, trastornada por derrumbes y renovaciones. Y la respuesta no puede aplazarse so pretexto de que no ha llegado el tiempo de una «crítica objetiva».

Ahora, cuando los hombres comienzan a levantarse de las ruinas de la guerra, dispuestos a emprender la construcción de una nueva organización social o — según las esperanzas de los tradicionalistas — a regresar a los estados anteriores; ahora, después de haber experimentado toda la tragedia de la existencia, con los implacables castigos por nuestros desvíos de las leyes de la naturaleza y de las condiciones de progreso de la cultura y la civilización, — ahora debemos contestar a nuestra pregunta. Y la respuesta no es tan sólo una clarificación o un enderezamiento moral para los que buscan su «salvación»; ella constituye aún una manifestación creadora del espíritu, incluida en la vida integral de este tiempo. La respuesta puede ser la postrera señal que advierte a muchos que se encaminan, sin saberlo, hacia un nuevo precipicio; puede ser el lúcido y voluntario refrenar ante un extravío colectivo, ante una falsa revolución intelectual, moral y psíquica (y, por consiguiente, ante una revolución social, política y económica) opuestas a los ideales proclamados por los Grandes Hombres — por los buenos y justos, creadores de valores éticos, estéticos y científicos.

Este temor no es exagerado. Ya hemos sentido, durante el enterevo sangriento de los pueblos, los efectos «subterráneos» de estos extravíos personales y colectivos, confundidos, empero, con las desgracias provocadas directamente por la guerra. La influencia recíproca de nuestro tiempo y su literatura es demasiado evidente. Y entre los dos, el individuo no es más que una minúscula unidad, un pobre sér pensante, perdido en las tormentas artificiales, desencadenadas por los monstruos de la destrucción y de la muerte, pero que debe mantenerse, salvar su vida y su persona, y vencer finalmente a sus tiranos...

II

No es tan fácil el tratar de definir desde el principio lo que es la literatura de la guerra. Nos limitamos a descartar, en estas páginas, la grande, la verdadera literatura humana (denominada también «universal») anterior a la guerra, de la producción literaria determinada por la guerra misma. Las separa un abismo, del mismo modo que la realidad creadora es totalmente distinta de la realidad destructora.

Lo confesamos: no podemos escribir sobre la literatura de la guerra con tanta revuelta humanitaria, llegó a miento de repulsión difícil de refrenar. La esquivamos, cual una selva llena de fieras al acecho, de miasmas mortíferos y horribles visiones. Acerca de ella, no podemos utilizar esas expresiones que tienen cierto sentido cuando se trata de la verdadera literatura; expresan estados del alma y conceptos sobre la vida y el mundo, concretan situaciones y plantean los problemas de siempre del destino humano.

Incluimos en la literatura de guerra todo lo que se publicó en los años de matanza y en los siguientes bajo su influencia directa: poesía, novela, teatro, memorias, estudios, sin olvidar los relatos de los diarios y los incontables folletos — el alud de impresos circunstanciales y tendenciosos. Al que pudo leer esta literatura, oponiéndole constantemente su propia humanidad, digna y libre — con el empeño de no ceder a la sicosis colectiva y de conservar, intacta, la conciencia moral, la perdurable herencia cultural y espiritual — esta literatura se le aparece más horrorosa que la guerra misma. Esta afirmación, algo paradójica, es demasiado evidente. No necesita pruebas y documentos. Por cruentas que sean las batallas de los ejércitos; por agobiador que sea el sufrimiento de los heridos, los hambrientos, los desterrados, los huérfanos y viudas, de las almas genuinamente humanas y pacíficas; por muchas que sean las ciudades y aldeas arruinadas, las obras de arte pulverizadas, las vidas inocentes perecidas en el torbellino de la guerra

— esta tragedia de los pueblos nos parece más vasta, más dolorosa, más catastrófica a través de su literatura.

Mediante la escritura, todo *hecho* adquiere una nueva realidad, una realidad distinta, que perdura después del cumplimiento del hecho mismo. La memoria registrada, materializada y multiplicada por la imprenta, parece otra cosa que el recuerdo fugaz, incierto, inconstante. Todos los sucesos de guerra, localizados en ciertos lugares y vividos por un número limitado de individuos, consiguen otra amplitud y significación si están relatados en diarios, descritos en cuentos y novelas, evocados en poemas, dramatizados en obras de teatro. Ellos se difunden en todas partes; se vuelven permanentes y sobrepasan, por así decirlo, sus proporciones naturales, aún si están relatados de un modo sencillo y exacto, sin destrezas estilísticas. El mundo entero está abrasado y obsesionado por la guerra *escrita*, sea descriptiva, apologetica, polémica o solamente «literaria». Sus libros y folletos, sus revistas y varias colecciones ilustradas, siempre a nuestro alcance, mantienen en toda la humanidad una tensión psíquica y cerebral, diferente de los esfuerzos físicos y técnicos de los ejércitos. Por otra parte, porque tampoco los ejércitos están a salvo de la influencia epidémica de esta literatura — puesto que muchos escritores son también militares, manejando igualmente el arma y la pluma — se agrega a la guerra de hecho la guerra que se lleva con palabras y la tinta de imprenta. Así, la guerra en sí es transformada por su propia literatura.

Sin embargo, persistimos en separar la guerra de los ejércitos de la literatura de guerra. Esta discrepancia es plenamente justificada, si pensamos en lo que representaba una guerra, aún «grande», hace mil o dos mil años. En aquel entonces, no se imponía esa despiadada y absurda solidaridad *negativa*, es decir, homicida y destructora, de los pueblos, en su integridad, de países y continentes, de toda la humanidad. La guerra no hacía entonces tantos estragos — no porque le faltaban los medios científicos y técnicos de los inmensos ejércitos de nuestros días, sino porque estaba limitada a ciertos territorios y aún a ciertas capas de la población. No estaba intensificada por la propaganda forzada, bien organizada hoy por la imprenta, la radio, el cine, y tampoco por los «rumores» públicos que, contrariamente a la opinión corriente, no penetraban hasta los confines del mundo con la fuerza del pánico, de la incitación odiosa o de la exaltación suicida.

Antes, la guerra era llevada por guerreros profesionales, que soportaban personalmente todos los riesgos. Para el resto de la población, la guerra era, en la mayoría de los casos, algo así como las luchas ignoradas de las bestias que se persiguen en un bosque. En algún lugar, la fiera humana mataba a su «enemigo» — pero el campesino seguía labrando su tierra, el artesano no cesaba en su trabajo meticuloso, la vida continuaba con sus leyes naturales, sus normas humanizadas, sus penas y sus tareas de todos los días, y con sus aspiraciones más elevadas que triunfaban finalmente, generación tras generación. El hombre de otros siglos oía, quizás, la lectura de la Biblia o entonaba sus cánticos y serenatas mientras en algún lugar cercano peleaban hordas armadas, bajo el mando de bandidos llamados caballeros, barones, príncipes o reyes. El soportaba su destino y veía que el mundo no temblaba en sus cimientos cuando pasaban como una tormenta los «jinetes del Apocalipsis».

• cuando la «guerra de la patria», como suele decirse hoy, aullaba sus consignas y sus terrores.

Una cosa es la guerra, con su infierno; otra cosa es la vida — la de siempre — con su *lucha* pacífica. Los deberes para con el Estado, los imperativos nacionales, religiosos, raciales o los «intereses» falsificados por los políticos no agobiaban al hombre de antaño, tal como sucede con nuestros contemporáneos que llevan las cargas aplastantes de las ficciones colectivas, de las ilusiones engañosas, llamadas leyes y mandatos. La moral social, forzada, de hoy día es más inmoral y malhechora que todos los males individuales de otros tiempos. La solidaridad impuesta en la guerra a toda la población, so pretexto de la defensa contra los enemigos de afuera, es la máscara hipócrita de los dirigentes y «protectores» que explotan a su propio pueblo. La única solidaridad aceptable por la conciencia esclarecida es la de las comuniones humanas, buenas y creadoras. La guerra va más allá de los confines del bien, en la muerte aniquiladora. Los guerreros, voluntarios o forzados, salen del círculo vital de la humanidad. Tienen su «solidaridad» en el odio, la codicia y la destrucción, y arrastran en su torbellino de fuego a los inocentes. Los cabecillas del Estado, bien abrigados, hablan de la justicia, la Libertad y la Civilización; y millones de ingenuos, los rebanos de esclavos imbecilizados, deshumanizados, perecen para «la mayor gloria de la Patria» y aún de la Humanidad. No perecen tan sólo los que niegan los designios pacíficos del hombre, los que se apartan de la naturaleza sana, fructífera y progresiva. La selección *al revés* de la guerra destruye las obras necesarias y extermina a los mejores individuos, perdidos en la locura sangrienta de los tiranos y sus verdugos en uniforme militar. Los más de estos últimos sobreviven, y prestan sus servicios infaustos a los nuevos amos, en los viejos o los «nuevos órdenes sociales» surgidos a menudo bajo lemas revolucionarios.

Con firmeza idealista, tenemos que rechazar las tentaciones del Poder y la Violencia, con sus argumentos «realistas» o «lógicos» que no son más que lucubraciones verbales. La mentira es lenguaraz, retórica, emperifollada de falsos adornos. La verdad es sencilla, callada, pero constante en su realidad. Y, penetrando en el mundo de *nuestra* verdad, personal e individual, podemos convencernos de que este «egoísmo» — como lo llamamos los malos pastores — es, al contrario, natural; es solidario con los intereses vitales, creadores, de nuestra propia humanidad y de todos nuestros semejantes, genuinamente iguales en su destino y misión.

Si la literatura de la guerra se limitara a registrar directa y cronológicamente los acontecimientos — tal, por ejemplo, los «comunicados» más o menos oficiales —, si fuera solamente informativa y descriptiva como los reportajes de los corresponsales de diarios, no se volvería de un modo tan evidente una *realidad distinta* a la guerra en sí. La crónica de los sucesos «históricos» en los siglos remotos, es una cosa muerta, como una lápida enterrada en polvo y olvido. Leamos algunas páginas de una antigua crónica de las guerras: datos, lugares, nombres a los que sólo los especialistas pueden localizar en tiempo y espacio, todos mezclados en un lenguaje anacrónico, casi elemental. Este lenguaje parece tener cierto «sabor» peculiar y hasta conmueve a algunos lectores de actas y documentos — pero no porque entiendan algo de su sentido original, sino porque las

anticuadas palabras están animadas por su imaginación perturbada, galvanizadas por sus ideas» de pitecantropos evolucionados. La crónica de las guerras mundiales del siglo XX será para la humanidad de los próximos milenios el más absurdo, más embrollado y monstruoso monumento gráfico. Tal una mina repleta de fósiles y residuos heterogéneos, será para el hombre del porvenir un estupendo motivo de búsquedas y vergüenzas. Y como los pocos clarividentes de hoy, verá en el «pasado glorioso» de tantas naciones, de tantos Estados y reinos desaparecidos, nada más que un caos de misterios bárbaros y de horribles vanidades.

En efecto, no nos dejemos engañar por el romanticismo histórico. La crónica de la guerra es como una piedra funeraria, corroída por los años, con inscripciones incomprendibles. La crónica de la vida, pacífica y generadora, es diferente: es una cosa viva, una fuente de fuerza y luz, ya que los elementos y muchas formas vitales son permanentes y comunes, los mismos en todas partes y en todos los tiempos. Pero lo que es más doloroso, si pensamos con la mente del hombre que vendrá mil años más tarde, es la literatura y no la crónica de nuestra guerra.

La literatura, la verdadera, que no pertenece a un solo pueblo, sino a la humanidad entera, expresa, resume, sintetiza la vida y los ideales humanos. En ella se halla todo lo que es más precioso: los sentimientos que luchan entre innumerables tentaciones; los deseos impulsados hacia fines siempre renovados; los tormentos que purifican y fortalecen; los terrores de la decadencia, los oasis de las virtudes trágicas — todas las aspiraciones que elevan de una cumbre a otra; los sueños que anticipan las nuevas verdades y realidades —, todas las grandes ideas que llevan a acciones y creaciones; la filosofía que concentra el mundo bajo la frente del pensador; el amor que sublima los sufrimientos y las dichas en el corazón del poeta, del idealista, del precursor...

¿Quién puede afirmar sin vacilación alguna que esta literatura, hondamente humana, se halla también en la literatura de guerra? Podemos vislumbrarla, si lo queremos, detrás de las apariencias. Del mismo modo que podemos adivinar un rostro de virgen en un espejo convexo deslucido: una cara deformada, con ojos de camaleón, con jeta de hipopótamo, con colmillos de jabalí, con cuello torcido, con orejas de elefante. Y la sonrisa rechina, la dulce mirada derrama indecibles pavores, y el cutis blanco y sedoso es tosco y violáceo... Es así como se nos presentan ahora lo bello, el bien y la verdad de la literatura. Todos los valores psíquicos, intelectuales y morales están trastornados y mezclados. Hemos tratado de ajustar en moldes monstruosos todo lo que constituye el espíritu, la realidad interior del sabio y del artista creador. Hemos utilizado en la guerra — igual que a las máquinas de esclavitud y las herramientas de matanza — a los ideales milenarios de la conciencia libre, los conceptos universalistas, los sentimientos comunes pero constantes de la especie. Todo y todas se nos aparecen, a través de la literatura de la guerra, aborrecible, insostenible; son realidades surgidas de emparejamientos antinaturales, híbridos plasmados en un infierno de lujurias y destrucciones.

En nuestros días se puede sentir, más que nunca, cuán frágil, cuán unitaria es la constitución espiritual del hombre, su progresión moral, anímica e intelectual; cuán

absoluta es ella: ni una concesión vulgar, ningún acomodamiento con la fuerza bruta, temporal — sino una pureza de cristal, de éter y de sol... La humanidad tiene su reino encantado — en cierto modo limitado — en el que cada cual puede penetrar con sinceridad y anhelo de perfección. Cada cual puede respirar su aire saludable, que insufla sentimientos puros e ideas elevadas, inagotables energías de realización, si viene con la fe en el alma, con fraternal honradez. Esta hombría de bien no necesita defenderse de ladrones, de matarifes, de embusteros, de viciosos, ya que ella no puede ser empobrecida, pervertida ni destruida. La esencia de la humanidad es imperecedera porque es universal. Surge como un límpido manantial de profundidades virginales y si la arrastra el azar o la fatalidad, ella atraviesa los lugares infectos, entre ruinas y cadáveres, se ensucia con podredumbre y sangre, pero su esencia es inalterable. Y el río de la humanidad corre más lejos, a través de tierras floridas o regiones devastadas, y desemboca finalmente en el océano que todo lo recibe en su vastedad, y en el que todo lo que es feo, sucio e inútil en el orden de la naturaleza se disuelve en la unidad de su armonía triunfante...

Es así que el espíritu humano está contaminado y falsificado por la guerra, que trata de cortar la ruta de su evolución. Y su literatura pone de manifiesto, fantasmagóricamente, esta absurda violación del espíritu. El mal lleva siempre la máscara del bien, lo feo la careta de la belleza, la mentira las apariencias de la verdad. Así se nos muestra la literatura de la guerra: es falsa, horrenda, malvada bajo todos los disfraces que la adornan. Está basada en realidades que no pueden perdurar porque no tienen justificación ni designio natural; me-

Inteligencia

UNA de las más nobles aspiraciones de la civilización es poder reunir en el hombre esas cualidades. Raramente van juntas. Hay gentes de conciencia a quienes la ignorancia las conduce al error y a la injusticia. Las hay inteligentísimas que manchan su diario vivir con acciones e intenciones notoriamente execrables.

¿La inteligencia es una facultad intelectual, y la conciencia una facultad moral? ¿En qué grado corresponde la una a la otra? O mejor aún, ¿hasta qué punto se desarrollan paralelamente o no en la intimidad del ser humano? Si requerimos a la pedagogía nos dirá que con la actividad cultural florece la inteligencia y con la educación el sentido moral del bien y del mal. Muchos filósofos y moralistas han cifrado su esperanza en que el desarrollo potencial de la cultura traería fatalmente como resultado la adquisición de una ética social que elevaría al pueblo a las cimas felices del progreso y la libertad. Sólo era una creencia. Prácticamente han existido pueblos cultos (el alemán) capaces de gestar y venerar nuestros políticos como el nazismo. De otra parte, el pueblo español, de un viejo y bajo nivel cultural, asombró al mundo con sus

dante su literatura, la guerra que arrasó tantos países y sigue todavía con sus desastres en todos los continentes ¿se espiritualiza!

Si, ¡la guerra, por sus fanáticos o inconscientes servidores, quiere espiritualizarse! Si no tuviéramos la convicción de que esto es imposible — considerando en las lejanías del pasado y del porvenir el desenvolvimiento del espíritu humano —, entonces proclamaríamos, en nuestra desesperación, la condena definitiva de nuestra especie. Pues ¿qué es más peligroso que esta espiritualización de la guerra, que resulta sobre todo de su literatura? Si la guerra entre pueblos, razas y colectividades sociales sometidas a ciertas minorías todopoderosas arraigara fuertemente también en las conciencias de las cuales emanan todas las potencias creadoras del hombre, estaríamos en la última pendiente de nuestra existencia.

Involuntaria o inconfesablemente, la literatura de guerra tiende hacia este aniquilamiento de la humanidad y su cultura. Si no creemos que pueda lograrlo, creemos empero que puede sujetar por mucho tiempo a los pueblos en el infierno de la guerra — tan perfeccionada mediante la ciencia y la técnica, tan idealizada por la verborrea patológica y la sicosis colectiva —. Ella puede detener durante muchas generaciones el adelanto de la humanidad, paralizando sus fuerzas de pensar y crear, o encaminándola hacia metas que llevan de una ilusión a otra, de una ficción atrayente a otra ficción mortífera: — es el ciclo de la destrucción, que construye sobre ruinas un «mundo nuevo» para volver a destruirlo.

La «espiritualización de la guerra» no es una mera expresión verbal. Cualquiera puede convencerse de esta tendencia — repito: más bien inconsciente — si lee hu-

manamente algo de los escritos de guerra. No importa de que autor, célebre o desconocido. Una poesía, en la que el homicidio, en contienda individual o en asaltos macizos, motorizados — el crimen calculado, dirigido desde lejos — es glorificado como una nazana victoriosa. El «heroísmo» del bruto armado, del *golem* desencadenado por demiurgos satánicos, es exaltado con las mismas palabras con las cuales honramos a los que se sacrifican por nobles designios: al idealista que se afana hacia las cumbres, para conquistar una verdad que abra nuevos horizontes; al sabio que descubre el remedio de una enfermedad o un secreto de la naturaleza, después de largas investigaciones. Una pieza de teatro. El drama de los hondos sentimientos, las luchas de la conciencia que quiere mantenerse por encima de las negaciones y esclarecer a los extraviados, se desarrollan en aposentos donde están complotando los otros, los dirigentes criminales, defraudados por la falsa «Opinión» — o en salones donde los vicios personales son aureolados por virtudes colectivas. Los deberes sociales, las solidaridades supranacionales, los ideales universales son dominados por una cata armada, y los mismos criterios morales sirven para justificar acontecimientos repudiados por la lógica y las normas sanas, incompatibles con las nobles aspiraciones humanas. Una novela. Y, muy a menudo, la vida de los individuos, de las familias, de los pueblos se nos aparece, en sus páginas densas, como un desfile de monos, de hienas, de leones y plesiosaurios: como un amasijo de serpientes y escorpiones, como una arena atestada de pobres imbéciles que aclaman a los toreros diestros igual que a los toros furibundos; como rediles repletos de ovejas estúpidas que se dejan degollar por las fieras rabiosas, salidas de la noche de las selvas ancestrales. Todos estos seres, agolpados en ciudades o en campos de matanza, llevan máscara humana, articulando en el delirio de la «Guerra santa» palabras robadas de las Enciclopedias humanistas. ¡Y las gacetas! Pletóricas de noticias adulteradas, unilaterales, tendenciosas; de los llamados a la «Salvación pública», los proclamos del «Poder supremo», las arengas de los jefes de Estado, los comunicados de la «Defensa nacional». Y parece que todas estas exhortaciones nos llegan desde algún lugar, de una cueva dorada o desde quién sabe qué dosel celeste... De allí, como los antiguos sacerdotes que vaticinaban, ocultos en la boca de los dioses, hablan ellos — los «Elegidos», en nombre de la Patria, de las madres, de los hijos y de los trabajadores —, en nombre de algunas ficciones que se llaman Libertad, Justicia, Fraternidad —, en nombre de la Humanidad a la que pretenden representar, ellos, los amos de millones de anónimos, aterrorizados, mantenidos en ignorancia, extenuados en innobles y forzadas tareas.

La literatura de la guerra, no importa si bien o mal escrita, es la misma por la influencia negativa de su contenido antinatural e inhumano. ¡Y cuánto debe sufrir el lector que quiere permanecer libre y digno! Hay que creer que este sufrimiento íntimo persigue también a algunos de los que han escrito tales libros de guerra. Por lo menos en las horas en que recobran su lucidez y su sentido de responsabilidad para con los lectores.

Y debemos evocar cuanto más a este tormento moral —post bellum— para insinuar lo que no puede lograrse mediante la mera documentación, por verídica y abundante que sea.

E. RELGIS

(Continuará)

CONRADO LIZCANO

y conciencia

espontáneas realizaciones económico-sociales y el admirable sello humanitarista y libertario que quiso imprimirle a la revolución de 1936.

En esto de la cultura y la moral hay fenómenos que sorprenden. Yendo por los campos soleados de Castilla, Fernando de los Ríos y un escritor inglés, se detuvieron ante un corro de humildes labriegos que estaban comiendo unas gachas manchegas. Las toscas manos cortaban diestramente a navaja las finas rebanadas de pan, pasando de la boca a la sartén con una natural e impoluta elegancia.

— «Mire — exclamó de los Ríos — qué inteligentes son esos analfabetos —.» Sancho Panza, que pasaba por tonto, hacíase admirar de su maestro por sus certeros refranes y discretísimos consejos.

De todas formas el ideal consiste en que el hombre reúna el mayor grado posible de conciencia e inteligencia. En sus raíces latinas la palabra conciencia tiene una evidente similitud con los valores intelectuales del conocimiento, de la intuición y la razón. Lo que es afín etimológicamente mejor puede y debe serlo humanamente.

Los franceses y el exilio

Cortesía superpuesta

por Felipe ALAIZ

EN ciertas zonas de la vida francesa de relación, hay un repertorio abundante de fórmulas de urbanidad; pedir perdón, decir con frecuencia: *Excusez-moi, je vous en prie, si ça ne vous dérange, merci d'avance, s'il vous plaît, merci encore une fois*, etcétera.

En algunos labios españoles, estas fórmulas se repiten de manera más exagerada hablando con franceses de lo que se repiten entre franceses evolucionados.

La evidente tendencia española a exagerarlo todo no puede dar sugestión al empleo constante de fórmulas, vengan o no a cuento. Las fórmulas correctas de convivencia son como la sal. Basta un grano para sazonar la comida; pero nadie come sal a puñados.

La cortesía francesa exagerada, no es francesa. Procede de Oriente, de las Cruzadas, del contacto con los reyes de bastos, lo mismo que la pompa asiática de los palacios. El francés evolucionado no imita tales maneras y se desentende razonablemente de la pedantería del siglo XVIII. Influyente después hasta en el estilo literario. Según Paul Valéry, aquella influencia subsiste todavía, lo mismo que la abundancia de cumplimientos en la etiqueta oficial, copiada por los nuevos ricos analfabetos, no por las mentalidades francesas originales, de vida laboriosa, horizonte abierto y cultura elaborada.

En los diálogos que podríamos llamar de exploración y hasta de envite, es decir, cuando una española frívola quiere, por ejemplo, atraer la atención de un francés del sexo contrario, las fórmulas en tromba significa en realidad que ella no piensa absolutamente nada. Lo que desea en primer lugar es causar efecto delirante para que se produzca el flechazo, el *coup de foudre* que se dice en francés. Para ello cuenta con ciertas pretendidas cualidades personales. — pelo ondulado, caída de ojos, indumentaria premeditada para asombrar, etcétera — y un constante y empalagoso empleo de la mimica.

Estas demostraciones de mimica y adorno requieren algo así como la huelga de la mente. Nada como la abundancia de fórmulas convencionales aprendidas de memoria para observar el físico del dialogante, mientras se tiene la ociosa atención mental para dedicarla entera a la atención visual, a la fotogénica.

Es un juego que tiene mucho de inquisitorial y policiaco. Generalmente se combina con la manía de hacer más preguntas que un juez de instrucción, preguntas que, naturalmente, obedecen también a una serie de fórmulas convencionales, lo mismo que las frases de cortesía disparadas en ráfaga y las de llevar el pelo a los treinta años como una niña y no peinarse cuando no hay que deslumbrar a nadie.

Hay españolas que se visten de manera airosa, incluso con cierto garbo personal. Pero la naturalidad queda a menudo destruido cuando el traje es demasiado *cherché*, retocado, rebuscado, deliberado en detalle y conjunto, destinado a producir efecto y causar impresión más que a vestirse con naturalidad y sencillez. Cuando se quiere impresionar

con la indumentaria queda demostrado que no se tienen grandes ilusiones para producir otras impresiones, y que se espera en los demás una correspondencia similar de maniquí.

El cine, que es un escaparate en rotación constante, acostumbra a estimular imitadores y también imitadores de mimica tanto como de indumentaria. No sólo demuestran los imitadores que carecen de originalidad; No se dan cuenta de que lo hecho por ellos y por ellas consiste, además, en repetir mal en la vida de relación lo que los artistas hacen bien, no en su vida de relación, sino sólo frente al objetivo de la cámara, por oficio o profesión.

Estos temas pueden parecer insignificantes a primera vista. Tal vez lo sean. Lo son sin duda alguna respecto a buen número de casos opuestos. Pero no se puede negar que acaparan hoy en gran parte la mentalidad del exilio juvenil y no juvenil, a veces hasta extremos delirantes, y que responden a los más bajos prejuicios burgueses de parecer sin ser y de hacer arrumacos de colegialismo a la edad de pasear a los nietos.

La grosería del instinto burgués prende en mentalidades ociosas por lo mismo que tiene por modelos el ocio y la incultura, empeñada por tener la cabeza hueca, en que la frivolidad más hueca reine sobre la tierra. Y cuando reina la frivolidad, todos los efectos puros, todas las ideas elevadas y todos los sentimientos nobles quedan brutalmente postergados. No está, pues, de más, registrar los estragos de la cortesía superpuesta, de la palabrería vana, de la mimica acoterrada y de la indumentaria de caza, plagas filisteas que las graves vicisitudes del exilio, es decir, lo serio de este tiempo, habían de aventar lejos. Que las mentes despiertas, incapaces de hacer carnaval, que los millares de seres que toman la vida en serio, contrarresten aquellos estragos, o que éstos tengan por escenario la España entregada al oprobio y al carnaval de Franco.

~~~~~

«Cada español podrá tener una conciencia trabajada y profunda. Pero falta en nosotros esa obra de siglos que consiste en conectar entre sí las conciencias de los ciudadanos formando las grandes líneas estructurales que en los países adultos orientan silenciosa, pero firmemente la marcha de la política de acción».

MARANON



# Nepotismo criollo

**H**EMOS explicado ya alguna vez cómo se hace la repartija de las prebendas entre los canónigos y beneficiados de los cabildos políticos de todo pelaje y catadura. En ese rancho van incluidos, entre otras muchas pizcas, los llamados momios, enchufes, chambas, botellitas, gotas de buena y mala leche y toda la lira de la polilactancia, multiamancia y biberonización maternopatrióticas.

El que tiene la sartén por el mango, hace primeramente dos porciones de lo que se frie; y en seguida sentencia: «La mitad *pa* mí». Traza una raya por el medio de la otra mitad, y dice: «Una parte *pa* la familia y otra *pa* los amigos». Los amigos son el que lleva el portamantas al preopinante; el que cepilla, aunque sea con la lengua, la chaqueta y lo que por detrás y por abajo tapa; el que hace de niñera de los crios del prohombre; el que le saca a mear a la calle a la suegra o al chucho; el que coge al vuelo los cuescos que el padre de la patria se tira y los papa como si fueran de monja del convento de Benabarre.

Yo empecé a traducir el *romanus sermo* en Barbastro, con las biografías de Cornelio Nepote. El latín cornelionepótico no llega a macarrónico, pero roza el tomate de la pasta italiana. Y sus Historias pueden apenas enternecer el casco duro de los ciruelos que en las aulas se dedican a evirar chicos como quien capa potros. No todos los clásicos Cornelios eran Nepotes. Pero, todos los que aguantamos hoy a los Nepotes que nos violan la conciencia en griego o gringo, somos Cornelios. Sabido es que, en la *Polis Méter* rómuloaugústula, al nieto se le llamaba *nepos nepotis*. Y de ahí le viene la música a la corruptela oficial conocida por nepotismo.

El amor de los políticos españoles de todas las tierras a la familia, ha sido siempre frenético. Montero Ríos no esperó a que lo agüelaran, para repartir entre los suyos el flete del «Vita». Fincó ya a sus yernos antes de que lo fueran efectivos, para irlos desbravando e inclinando dulcemente al santo yugo. Como la inmensa mayoría de nuestra picaresca

gubernamental, Montero Ríos era un garduño de terribles grifas. Una vez iba en simón a la Audiencia a enredar informando no sé en qué lite. Hojeaba en el coche los autos sobre la mesa de las rodillas, cuando una ventolera le arrebató la papiracea balumba. «Es el único pleito que he perdido — decía luego con sorna el canonista falaico —. Los demás los han perdido mis clientes».

Entre otras muchas sanies o tabes, que los españoles hemos traído a América, y que hemos inoculado por el óculo a esta novia nuestra, dicen que figura la del nepotismo. En perforar a estas tierras de promisión, pero no de dación, y en abrirlas cancha por esa vía de agua o de desagüe, se nos habían adelantado otros «seis mil pesetas». España les debe a los dos bacalaos, prendidos el morro del de abajo a la cola del de arriba; les debe, digo, a estos terranovas, en que sirgamos, el maíz galináceo, la papa sin pelos, los puritos de a real, el cacao presbiteriano y el episcopal guajolote. En cambio, a esta hija de nuestras entrañas, le hemos dado nosotros de dote el vino, el azúcar, el café, los cereales, el garbanzo, el vacuno, la caballada, las comadres de corral y otras muchas olorosas esencias animales y vegetales. Casi todas las marinerías de la primera expedición de Colón volvieron, en pago, a la metrópoli sífilicas. A los indios les metían miedo los corceles. Pero, los

jinetes no espantaban a las indias.

El nepotismo o reparto del suelo, el vuelo y el cielo públicos entre la amante familia, como manda la democracia, no fué práctica ajena a caciques e hijos de su padre, el Sol, en estos tostaderos tropicales. Los tiranuelos criollos, más malos en general que arrancados, al poner un chupete en la boca de cada uno de sus 200 mil vástagos, no asimilan contagios de nuestra administración, sino que hacen lo que es moneda corriente entre Atahualpas y Moctezumas de todos los tiempos. Esto es: hacer de las propias patrias las mucasas de sus pindongas.

Juan Bisonte o Vicente Ferrado Gómez, el un tiempo mandamás de Venezuela, que tenía descendencia en colaboración con más de 400 mujeres, les había dado a todos sus bordes gomitas aspiradoras en los despachos oficiales, para que sinfonizaran sinfónicamente los Llanes y Caracatracas.

Augusto B. (¿Búfalo) Leguía, el guarán del Perú, tenía echada sobre los medios de la vida de la Nación una langosta de 200 mil parientes al menos.

Las bancas de la Cámara, los altos puestos burocráticos, militares y diplomáticos, todos estaban copados por los Leguías: cuñados, primos, sobrinos y tíos del presidente. Tres cuartas partes de la orfandad peruana, desde Chuquibamba a Chachapoyas, podía llamar tío a aquel Faraón, que era en verdad un tío judío y «jodío».

En este avorazamiento de Apocalipsis, quizá nada desarrolló tan vergonzada hambre como el actual dictador de Santo Domingo y su parvada. Trujillo nombró coronel, con mil dólares al mes para alfileres, a un hijo de su mujer, que apenas tenía 13 años. Ese dragón de Capadocia, que se merienda en compañía de sus cuchilleros a la Dominicana, es otro Sam; quiero decir, otro *Uncle* u *Oncle* de bragas. El mundo novel y el viejales están llenos de cabrío mayor y menor, que a cualquier Nuestra Señora pueden llamar tía.

Parece que el héroe sale de un solo oficio, que es el de las armas, y que el gran hombre es de todos los oficios: de la toga, de la espada, del gabinete o de la corte; pero uno y otro juntos, es decir, el gran hombre y el héroe, no pesan un hombre de bien».

LA BRUYERE

ANGEL SAMBLANCAT



# Larra y el periodismo

**F**UERA el siglo XVIII el ocaso del feudalismo, la disolución de la nobleza con sus leoninas prerrogativas. Paralela a la acción disolvente de los enciclopedistas, acción de fondo cultural y emancipador a la par, anda la actividad, no menos iconoclasta y corrosiva para el régimen, de quienes usan de la crítica satírica, de la burla, de la jocosidad, para decir la verdad; para clavarle, a toda una sociedad corrompida, un venablo derecho al corazón.

Entre los escritores de la época que tuvieron dignidad, talento y valentía para asertar ciertos golpes a un execrado régimen absolutista, como era el de Francia, destaca Beaumarchais. Y lo hizo con donosura. Se valió del teatro para criticar, para burlarse de un sistema social que más tarde fué demolido, como se demolió, con la piqueta insurgente de las masas laboriosas, la que se consideraba fortaleza inexpugnable: la tétrica Bastilla.

Dos obras fueron las que dieron a Beaumarchais renombre y notoriedad; dos obras fueron las que le valieron el honroso denominativo de «precursor» de la Revolución Francesa. Son estas obras «El Barbero de Sevilla» y «Las Bodas de Figaro». Han pasado los años, y, por su belleza, por la fina, por la aguda crítica e ingenio que en ellas destaca, son apreciadas hoy, como se apreciaban hace dos siglos, al ser estrenadas.

Carón de Beaumarchais, hizo la crítica de su país y de su tiempo recurriendo a las costumbres y régimen de otra nación. Pensó en España, que alguien ha llamado, desgraciadamente con acierto, «la de los tristes destinos». Conocida es la trama de las dos obras citadas. Sabido es que en ellas está representada la nobleza y el pueblo, los que medran sin trabajar y los que trabajan sin poder vivir apenas. Están representados los desheredados de la fortuna y los que piensan con alteza de miras, en la figura del simpático y chistoso barbero que responde al nombre de Figaro; quien, burla, burlando, dice verdades que cortan más que su navaja de afeitar. En «Las bodas de Figaro», dice éste con ironía: «Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta la imprenta; y con tal de que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puede imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos o tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad, anuncio un periódico...» Esto se escribía en Francia por el año de 1874, antes de que deslumbraran al mundo los resplandores de la gran revolución.

En la añeja rueda del tiempo se ha ido devanando el

hilo de los días y los años. El pensamiento fluye libre y atrevido, plasmado en hojas impresas. En libros, revistas y periódicos se exponen ideas que son, que representan anhelos de progreso y libertad. Pero hay un país — ya adivináis que es España — donde a la expresión del pensamiento se le ponen cortapisas. Traspasemos el primer cuarto del siglo XIX. Hay en Madrid un escritor de talento, joven, inquieto, saturado de noble idealidad. Se llama Mariano José de Larra. Tiene fibra de periodista, de gran periodista, pero naturalmente, odia las trabas, las mutilaciones, la tiranía de la censura. Y, evocando a Beaumarchais y las disolventes y cáusticas expresiones de aquel barbero, que es alma de sus dos inmortales obras, Larra decide usar como seudónimo el de «Figaro». Y unas veces a manera de broma, y otras muy en serio, arremete contra todos los anacronismos e imposiciones.

Ha escrito Azorín: «El estilo de Larra es suelto, fácil, fluido, flexible; sabe expresar en su prosa nuestro autor el matiz de las cosas y las reconditeces espirituales». Y agrega: «Fue su vida una interminable y tenaz batalla contra la censura ejercida en su tiempo; la sutileza y finura de su espíritu hizo que escaparan al lápiz del censor conceptos e ideas indiferentes en apariencia, pero tremendos en el fondo».

El escritor costumbrista Mesonero Romanos, que fué gran amigo de Larra, decía de él que poseía una innata mordacidad. Se ha dicho que, en lo satírico, tuvo puntos de contacto con Molière, y que en el fondo, intensamente humanitario, de cuanto escribía, latía la bondad de corazón de Cervantes.

Ya es sabido que en las antologías literarias de la lengua castellana, Larra, o «Figaro», destaca con acusado perfil de escritor y de él suelen reproducirse algunos de sus artículos más conocidos, artículos de un gran valor perdurable por la elegancia de estilo y por la aguda crítica moralizadora que en ellos se atesora; crítica que era adecuada ayer, como lo es en nuestros días. Así, en «Todo el año es carnaval» se pone de relieve la hipocrisia, la vanidad, la ridiculez que predomina en la humana convivencia.

En «Yo quiero ser cómico» y «Ya soy redactor», destaca la recia petulancia de quienes quieren saberlo todo y nada conocen; siendo aún lo peor, su pereza mental en lo que se refiere a esforzarse en aprender y superarse. En «Vuelva usted mañana», se ataca el indolente parasitismo de la burocracia. «El castellano viejo» es fiel retrato de la torpe ostentación de los «nuevos ricos», y de la llaneza del palurdo que llega a la grosería.

En «La planta nueva o el faccioso» y «La Junta de



Castelo-Branco», pone graciosamente en solfa el sentido ultramontano y la retrógrada obsesión conspirativa de los que en nuestros días, la pluma maestra de «Heliófilo» adjetivó de cavernícolas, o sea los reaccionarios de sotana y de levita. Y en todos sus artículos, que fueron muchos, supo justigar de un modo admirable, las arbitrariedades de uno o de otro matiz.

Un biógrafo de Larra, C. Cortés, escribe: «Sábese que tenía un atiento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; que sobresalía en hacer resaltar los contrastes de todo género; que no le igualaba nadie en el arte de decir lo que quería y como quería; que su estilo fluido y castigado, era todo lo ligero y agradable que la sátira política requiere; que, sin dejarse arrastrar de la causticidad natural del escritor de su clase, sabía contenerse dentro de los límites de la moderación y el buen tono para hacer una crítica chistosa pero decente de todo lo que le parecía merecerla. Esta última circunstancia, juntamente con la de no acostumbrar seguir en sus más punzantes censuras por otras inspiraciones que las de la justicia más estricta, es la que le distingue principalmente de todos los escritores que después han marchado por sus huellas. Jamás dictó sus juicios la pasión o el espíritu de partido; siempre le impelió a tomar la pluma el interés de un gran principio violado, o la defensa de una gran verdad desconocida. Supo, en una palabra, guardar la distancia conveniente entre la sátira y la diatriba. De este modo se granjeó una grande y merecida popularidad. He aquí por qué durarán sus obras, y es muy posible que las de aquellos otros, que no han sabido elevar después la crítica a tal altura, no sobrevivan a los partidos bajo cuyo espíritu han sido escritas.

Rica, enjundiosa, es la prosa de Mariano de Larra. Tiene maduras reflexiones de filosofía que cala hondo en el fondo de los problemas. Rehuye la conformidad y el encasillamiento entre las cosas sabidas, entre lo gastado por el uso y la rutina. Así cree que hacen falta hombres nuevos para cosas nuevas. Su anhelo universalista le induce a declarar: «El escritor no es el hombre de una nación»; el filósofo pertenece a todos los países; a sus ojos no hay límites, no hay términos divisionarios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia».

Al trazar yo estas líneas, tras releer buen número de escritos de Larra, para aquellos lectores que desconocen sus artículos, muchos de los cuales andan recopilados en volúmenes que han publicado distintas editoriales, uno quisiera transcribir fragmentos y más fragmentos; pero todo trabajo periodístico es necesario ceñirlo a límites de espacio adecuado para que no parezca interminable.

Al hacer la presentación de uno de los periódicos que fundó, decía el escritor citado: «De nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas, por casualidad, se parecen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato,

aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecersele». Cierta escritor engreído le pregunta qué tal le parecen sus escritos. Y «Figaro» responde: «Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen». El otro, amoscado, replica: «¡Siempre ha de decir usted cosas!...» A lo que «Figaro» objeta de un modo concluyente: «¡Y usted nunca ha de decir cosas!...»

En un trabajo que lleva por título: «Lo que ha de ser el periodista», pone irónicamente al desnudo las características de la profesión. Así dice del que escribe en los periódicos que ha de tener similitud con los tres reinos de la naturaleza: o sea el animal, el vegetal y el mineral. «Del animal precisa la pasta del asno, para caminar sin caer en un sendero estrecho y agachar, como el asno, las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Ha de tener la velocidad del gamo para huir en un apuro. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar a los pobres, y ha de saber dónde hace presa. Se ha de hacer, como el topo, el mortecino mientras pasa la tormenta. Ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando ha andado demás. Ha de mudar de camisa en tiempo y lugar como la culebra. Ha de poner cara de risa, como la mona».

En lo que afecta al vegetal: «Como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella. Ha de medrar, como el junco y la espadaña, en el pantano. Ha de pinchar como el espino y la zarza, los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso. Ha de volver la cara al sol que más calienta, como el girasol. Ha de servir para comer como para quemar...»

Por lo que hace al mineral: «Parece el periodista a la piedra, en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo. Ha de tener tantos colores como el jaspe. Ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate. Ha de tener los pies de plomo. Ha de servir, como el bronce, para inmortalizar hasta los dislates de los próceres. Lo ha de soldar todo, como el estaño. Ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal...»

Fué Larra modelo, verdadero maestro, de periodistas con dignidad. Llevó a cabo una intensa y razonada crítica social, y supo censurar también a quienes, con su comportamiento, eran en España deshonra de la profesión. Periodistas adulones, cobardes, cretinos. Pero más, mucho más que aquellos contra los que dirigió Larra su sátira mordaz, en distintas ocasiones, merecen la repulsa y el desprecio todos los periodistas que en nuestros días y en España, escriben al dictado de una híbrida y repugnante mezcla fascista como es la formada por clérigos, militares y falangistas.

PONTAURA





# Libros viejos, ideas nuevas



la puerta de una librería hay un montón de libros a precio único rebajado; son restos de editoriales y rincones de comercios que salen a la luz a prestar su utilidad, y ofrecer su sitio en los estantes a obras nuevas y caras, generalmente fuera de la órbita de los presupuestos populares. Un grupo de gente joven rodea el montón de libros y escoge entre ellos los títulos que más seducen. Son casi todos ellos españoles los que ansian leer, y, el que esto escribe, que ya está muy lejos de la juventud, busca también con ellos. Surge en seguida la filiación idealista y surge el ofrecimiento generoso, y los pulmones empiezan a funcionar a placer como en la cumbre de una montaña. Hemos adquirido varios libros y folletos, todos — pensamos — contienen su gota de saber, y, a veces, manantiales inmensos. Bien venidos sean todos a aumentar nuestro modesto haber intelectual, y con ellos, vamos al laboratorio de nuestros amores donde nos esperan otros libros, y otra voluntad, y otra inteligencia, la de la compañera, débil y enfermiza en este caso, pero con lucidez sobrada para estimularnos y ayudarnos en la degustación de los ricos manjares impresos y en la apreciación de su valor moral, artístico, histórico o científico, según su género.

Esta vez hemos tenido suerte en la clase de lote: Títulos atrayentes y autores ilustres Calderón de la Barca, Samaniego e Iriarte, Smiles, André Bellessort, Ph. Delord. Un comediógrafo y dos fabulistas españoles, un escritor escocés, y dos franceses, uno erudito y otro descriptivo, escribiendo, respectivamente: «El Alcalde de Zalamea», «Fábulas escogidas y fábulas literarias», «El carácter», «Voyages de St. François Xavier» y «Une histoire extraordinaire... et pourtant vraie». Escalonándose por el orden de fechas, respectivamente, en los siglos XVII, XVIII, XIX, y la actualidad.

Como ya sabéis, el que esto escribe no es exclusivista ni avaro, y se complace siempre en hacer partícipes de sus buenos momentos a sus amables lectores que le son tan indulgentes como queridos; por esto se atreve a pasar una rápida revista a los cinco documentos de referencia, la que quizás sirva de estímulo a unos, de solaz a otros y de invitación a todos para más importantes empresas de cultura.

El libro de Calderón de la Barca, es pequeño (14 x 9 centímetros) y pertenece a aquellas ediciones españolas económicas llamadas populares, compuestas de multitud de obras cuyo importe por tomo sobrepasaba poco, generalmente, la media peseta. Este libro, además de «El alcalde de Zalamea», contiene cuatro piezas cortas llamadas Entremeses. No puede pedirse más género por menos dinero; ¡y qué género! Quizás en la actualidad, no armonizase con los gustos del público la representación de estas obras; pero no es esta la misión de las llamadas clásicas, sino su lectura y estudio reflexivo; tal es la cantidad de ideas ingeniosas y soluciones de problemas, al parecer irresolubles que ellas contienen. Además son cantera de carácter, de rectitud y de entereza, virtudes hoy relegadas a segundo o a tercer orden, cuando más, en las producciones a la moda. Por esto aquellas se titulan ejemplares.

Calderón fué uno de los escritores más fecundos: ochenta autos, ciento veintidós comedias y una veintena de entremeses constituyen un buen haber, si a esto se añade, que forma parte de este número obras del cali-

bre de «La vida es sueño», «La dame duende», «No hay burlas con el amor», «El médico de su honra» y la que nos ocupa: «El alcalde de Zalamea», que no es otra cosa (nada menos) que el enaltecimiento de la Justicia popular y de la Razón ante el poder arbitrario y el abuso.

El tomo de Fábulas de Samaniego e Iriarte corresponde a una colección de autores clásicos para la enseñanza del español en las escuelas francesas. No vamos a comentar este libro que tanto nos honra y satisface por su objeto, y que tan familiar nos es su contenido. Sin embargo, nos permitiremos recomendar las Fábulas de Iriarte, especialmente para que sean consultadas con gran atención por cuantos tengan aficiones literarias y quieran dedicarse a escribir para el público, y que se fijen en el comentario de cada fábula; muestra de los cuales, es, por ejemplo, el siguiente:

Perdonadme, sutiles y altas Musas,  
Las que hacéis vanidad de ser confusas.  
¿Os puedo yo decir con mejor modo  
que sin caridad os falta todo?

O este otro:

...Y español que tal vez recitaria  
Quinientos versos de Boileau y el Taso,  
Puede ser que no sepa todavía  
En qué lengua los hizo Garcilaso.

El libro del escocés Smiles es de edición española y forma parte de la conocida serie de este admirable autor que comprende «El carácter», que reseñamos, «El ahorro», «El deber», «¡Ayúdate!», «Vida y trabajo», «Viaje de un joven alrededor del mundo», «Vida de Jorge Stephenson», «Inventores e industriales», etc., etc.

Cuanto se ha dicho en favor de las obras de Smiles siempre es poco, pues no es posible imaginar la influencia bienhechora que en la juventud ejercen éstas. Ellas ayudan a pensar, a luchar y a vencer mediante el carácter y la voluntad; tanto es así, que se ha dicho por críticos imparciales, que especialmente «El carácter» y «El deber» constituyen por sí solos como el Credo Cívico de la Humanidad libre y progresiva. De este autor famoso ni de este libro que acaricio entre mis manos y aprieto contra mi pecho, no cito ni lo más mínimo: sería menester copiarlo todo para no ser injusto en la elección del trozo. Es todo él magnífico.

Sin embargo, lo que si reproduciremos son unas palabras de Martín Lutero, que, entre otras encabezan el mencionado libro. Estas palabras son: «La prosperidad de un país consiste, no en las fuerzas de sus defensas, ni en la belleza de sus edificios públicos, sino en el número de sus ciudadanos cultos; en sus hombres de educación, ilustración y carácter; en esto estriba su verdadero interés, su principal fuerza, su verdadero poder».

El otro libro está bien ilustrado; cuadros primorosos de los mejores artistas lo adornan. Dibujos del siglo XVI y XVII, y mapas, y las firmas de Rubens, Zurbarán y Poussin. En los cuadros se imponen el Arte y la fantasía; pero los dibujos son notas informativas interesantes. Idolos indios, y costumbres de aquel país. Cómo viajaban los portugueses en las costas de las Indias. La vida de los portugueses en las Indias. Son documentos de un valor extraordinario para los que todo lo quisié-



ramos ver a través del prima de la Fraternidad y de la Libertad.

Por lo demás, la vida de Francisco Javier es la vida de la mayoría de los señoritos malfatanes de aquella época, principios del siglo XVI, que se casaban jóvenes y juntaban fortunas enormes que las derrochaban en seguida, liquidaban los castillos, enviudaban generalmente y tomaban las de Villadiego a través de tierras y de mares.

Javier era navarro; pero a pesar de su dorada cuna, tuvo una juventud azarosa y confusa; habiendo sido soldado, estudiante pícaro, desenvuelto y atrevido, quizás por lo que, deseoso de salir del caos en que se hallaba su país en aquel momento lleno de reyes, de cardenales, de inquisidores y de brujas, no se anduvo con viajes cortos y se fué a cristianizar las islas de Oceanía, saliendo de Buena Esperanza, Mozambique, Sokotara, Goa, Ceilán, Malaca, Borneo, Célebes, fué a morir en las más remotas islas del Pacífico, sin haber llegado al Japón donde se proponía. Mezclado en el relato se habla de las casas reinantes entonces; de las luchas entre franceses y españoles por cuestión de terrenos de una y otra vertiente del Pirineo; de la fundación de la llamada Compañía de Jesús; del bravo levantamiento de los Comuneros de Castilla; en fin, un curso de Historia sencillamente expuesto y una información interesantísima del estado precario de la cultura en casi todo el mundo; de los reyes y la intromisión del clero por todas partes. de los dimes y diretes de la aristocracia y del fandango.

Yo doy por bien empleada esta adquisición, de la que os regalo un resumen demasiado escueto, pues merece mayor comentario.

Y vamos al último libro del lote. Esta es harina de otro costal. Se trata de un folleto en el que el fundador del Sanatorio de Valbonne (Gard) para leprosos y enfermedades tropicales, detalla su odisea. Nada tan edificante; nada tan admirable; nada tan magnífico y aleccionador. Ante la idea humanitaria y generosa, todos los ojos cerrados, todos los oídos sordos, todas las voluntades perezosas cuando no adversas. Así es la Humanidad por regla general, insensible al dolor ajeno, sórdida, egoísta, cruel. Cuarenta páginas de gran tamaño emplea el autor para explicar las dificultades que tuvo que

vencer para llevar a efecto su obra, que es un consuelo y un alivio para todos los pacientes en general sin distinción alguna de ideal, de color ni de raza.

Dificultades de orden legal, de orden económico, de todo orden que pueda dificultar una realización; tuvo montañas que subir y cauces impetuosos que vadear; pero, por otra parte, encontró ayuda en elementos desconocidos, anónimos, imponderables, que le permitieron, después de años de lucha, realizar su ideal.

Léase este folleto con encanto y con embeleso a pesar de la pena; es la realidad dando cuerpo al egoísmo y al desdén, y al mismo tiempo demostrando la fuerza de la buena voluntad y de la constancia contra todas las formas de la maldad, tanto exteriores como la codicia, la maledicencia y la censura, como las ocultas y solapadas como la envidia, el despecho y la hipocresía.

Aún existe y funciona el Sanatorio de leprosos de Valbonne; a él dedicamos nuestra más ferviente admiración. En cambio, sabemos que hace un año murió su fundador heroico, desgracia que nos ha privado del placer inmenso de dirigirle nuestro saludo y nuestra felicitación por su condición de hombre bueno, de ejemplar ciudadano del mundo, de hermano desinteresado de los desgraciados.

He aquí las cinco gotas de saber que suponíamos que contenían los cinco libros adquiridos del montón de la puerta de la librería rodeados de amantes de leer y de superarse, la mayoría españoles. Estos libros viejos nos han remozado y llenado de optimismo; han hecho reaccionar nuestro cerebro y producido en él ideas nuevas. Es la renovación constante de la vida que se refleja en el espíritu; es la floración de las plantas que también tiene lugar en nuestros cerebros si se les riega y se les abona con las lecturas y la meditación.

La filosofía de la vida es hacer pasar el vendaval del tiempo por el filtro de la cultura, y el impetuoso torrente de las pasiones por la estrecha rendija de la voluntad. La libertad de pensar es un fruto de la Naturaleza que nadie podrá substituir, suplantarlo, ni anular, nunca. Pase lo que pase. El pensamiento es una chispa que va del cerebro al infinito a través de muros y rejas, privaciones y trabas; es el Todopoderoso de cada ser; la fortaleza suprema de nuestra resistencia. A. CARSI

## VIDA DE «CENIT»

La simplicidad solidaria del hombre libre se manifiesta como antídoto a los males que provoca la arbitrariedad. La intransigencia frente a lo arbitrario, la inadaptación y el inconformismo contra lo que constituye un atentado a la libertad, son prendas morales, éticas, incomprensibles para quienes ejercen la dictadura como sistema o credo político. Que lo negativo se estigmatice sin cesar en toda circunstancia necesaria y posible. Es lo que hacen los compañeros, amigos y lectores de nuestra revista.

Las aportaciones que nos han llegado no nos es posible publicarlas de una sola vez. El espacio de que debemos disponer nos obliga a publicar periódicamente las listas de donantes.

|                                               |    |     |                          |      |                                |        |
|-----------------------------------------------|----|-----|--------------------------|------|--------------------------------|--------|
| García A. ....                                | 25 | N F | Ayuda José .....         | 5    | Amigos de París .....          | 21 25  |
| Odina F. ....                                 | 5  |     | Bernardo Amancio .....   | 3    | F. L. de C. Ferrand (P. de D.) |        |
| Peña de lectores de «Tierra y Libertad» ..... | 45 |     | Llorens José .....       | 2 80 | Castro .....                   | 2      |
| Atanasio J. ....                              | 4  |     | Llop Agustín .....       | 2 20 | Aurelio Miguel .....           | 3      |
| F. L. de Montereau                            |    |     | Salinas Santiago .....   | 3    | Langa .....                    | 5      |
| Uno de la F. L. ....                          | 2  |     | Aguilar Miguel .....     | 3    | Pallé .....                    | 5      |
| Pedro Pozo .....                              | 2  |     | Aguilar Alberto .....    | 5    | Valerio .....                  | 3      |
| Guillermo .....                               | 2  |     | Ronda Ricardo .....      | 5    | F. Gómez .....                 | 5      |
| Campos .....                                  | 2  |     | Tronchoni Bautista ..... | 2    | Molina .....                   | 5      |
| Jesús Martín .....                            | 2  |     | Lamiel Valero .....      | 5    | Señer .....                    | 3      |
| Valero Aznar .....                            | 3  |     | Prades Miguel .....      | 2 50 | Naranjo .....                  | 5      |
| F. L. de Caussade (T.G.)                      |    |     | Soler Antonio .....      | 3    | Zarza .....                    | 5      |
| Ayuda Julián .....                            | 5  |     | Moreno Angel .....       | 5    | V. Gómez .....                 | 1      |
| Aguado Pascual .....                          | 5  |     | Albera Emilio .....      | 5    | Lamela .....                   | 3      |
|                                               |    |     | Vallespi Lucien .....    | 5    |                                |        |
|                                               |    |     | Espino Francisco .....   | 3 40 |                                |        |
|                                               |    |     |                          |      | Total .....                    | 232 05 |



# Leyendo a Ramón Cabanillas

~~~~~ poeta de la Galicia martirizada ~~~~~

*«Dichosa edad y siglos dichosos
aquéllos a quien los antiguos pusie-
ron nombre de dorados, y no porque
en ellos el oro, que en esta nuestra
edad de hierro tanto se estima, se al-
canzase en aquella venturosa sin ja-
tiga alguna, sino porque entonces los
que en ella vivían ignoraban estas
dos palabras de tuyo y mío. Eran en
aquella santa edad todas las cosas
comunes.» — CERVANTES.*

Cuando España necesita del poeta que azote el rostro del veruugo con laugo de estrofas, nos encontramos con los mejores poemas de Cabanillas, que en lengua vernácula supo cantar la libertad y sugiere estos comentarios en torno del alma y sentimiento de Galicia, el pueblo avasallado, como dijera el poeta.

En todos los generos y bajo todas las formas artísticas, el alma regional hizo derroche de fantasía, de colorido y reciedumbre. Agobiado el pueblo por el peso de las cadenas, ha tenido humor y arrestos como para hacer frente a la situación y tratar de desquitarse de sus sufrimientos. Desde la unificación de España hasta nuestros días, todas las generaciones se han colocado en el derecho de vapulear a su placer a los sicarios que le atormentaban. Para ello recurrían a los más variados procedimientos, haciendo derroche de ingenio. Y ya sea en foma jocosa, pero no por ello menos caustica y lacerante, ya en forma de vilipendio, marcaron a fuego a los tiranos. Infinidad de testimonios literarios acerca de esta particularidad, son orgullo, no sólo de Galicia, sino que también extiéndese al resto del pueblo ibérico.

Es este un presente, que, con los más vivos colores, la juventud española ofrece al mundo, como un grito de dolor de la raza, el genio de una nación vilipendiada por una Europa en decadencia. Valiéndose de una lengua, cuyas modulaciones son asequibles a todo hombre de mediana condición, trata Galicia de hacerse comprender.

La literatura vernácula tiene por fin esta misión. A través de sus poemas y canciones, de sus cantos y leyendas, vive fresca y lozana la esperanza. En ella se alimenta el fuego de la liberación, no como una independencia del resto de los pueblos ibéricos, sino como entidad de una federación de comunidades libres. Galicia sabe mejor que ninguna otra región española qué es la esclavitud. El pacifismo de sus hijos, transmitido a generaciones posteriores, hizo que la soberbia de los nombres que desde Madrid mandaban y ordenaban, a sable y tercerola, no tomaran en cuenta para nada las aspiraciones populares. El único lenguaje que entienden es el de las ametralladoras; pero Galicia no pudo pelear debidamente en la última guerra contra las mesnadas fascistas.

No por ello sin embargo, el ideal ha quedado marchito. El dolor de la mujer gallega que debe deslomarse sobre el surco y la convierte en esclava formal; del niño que llega al mundo con el signo proletario, pero también con la rebeldía si en estado pasivo, de tránsito poético, son el orgullo de la grandeza moral de un pueblo que reclama su lugar en el terreno de las conquistas modernas. A solas con su alma, frente a la naturaleza,

expresa este afán en todos los ámbitos de una tierra esclavizada, donde, pese al acento lírico que la distingue, apenas deja huella el paso breve de su tierna vida. Pese a todo ello, en el fondo, más fuerte la autoridad, que la dura ley del hierro, aparece en la entraña popular el influjo de las constantes históricas que continúan ejerciendo una innegable acción cívica sobre el espíritu celta, ramificado a lo ibérico.

La poesía europea se ha saturado de modernismo y de ello devino en nuevos estilos y estados de emoción que volco sobre el alma contemporánea. El estado anímico, aletargado, en que permanece la poesía gallega dentro del paisaje, fuertemente aprisionada por tentáculos que airancan del pasado remoto, no por ello deja de ofrecer un estado menos contemplativo de expresión lírica, que se dibuja con rasgos peculiares. Tal manifestación es el exponente gráfico de su vida y costumbres identificadas con el paisaje dulce y rumoroso, con su melancólica añoranza y la saudade. El paisaje ha formado al hombre y le ha humanizado. Nuestra juventud, como nuestra poesía, son el paisaje viviente que se perfila en las manifestaciones de la vida ciudadana, ejerciendo una influencia poderosa hasta sobre los órganos vitales del medio físico.

Este grupo humano, cuyas expresiones se manifiestan a través de emociones líricas, entraña simultáneamente un pensamiento en abstinencia; trasunta al exterior, toma contacto con la civilización, creando una impermeabilidad que perdura. Esta influencia acompaña al gallego desde la cuna y le hace recorrer el universo de su vida entre canciones e ideas; vive con él y se desarrolla. Todos los poetas gallegos desde Macías hasta Cabanillas fueron presa de esa emoción, víctimas del mar agitado, a veces expresado en una queja humana; el rumor de los bosques, apretados de encinares milenarios; los juegos de luces y el espectáculo viviente de montañas que confinan con el mar y el cielo y en cuyas cumbres nevadas celebran concilio con los dioses olímpicos.

El paisaje es el único agente físico que no ha traicionado al gallego. Es su más cara expresión que le hace vivir en permanente rejuvenecimiento porque le hace intervenir en este drama heroico de la historia humana. Intentar modificar artificialmente el carácter melodioso de nuestro paisaje literario, más poderoso que la razón misma, equivaldría a la supresión de este pueblo como medio habitable sobre la tierra. El paisaje es para nosotros una especie de regazo amoroso, alucinante. En nuestra grandeza espiritual traducida por algunos como angustia cuando, en realidad es sólo reciedumbre sin fatiga, ánimo preparado siempre a la aventura en la contemplación espasmódica de escalofriante emoción por su pureza. Difícilmente existen dos conglomerados en el mundo que ofrezcan una característica tan íntima, completada en figura corpórea cuyas resultantes son hombre y paisaje.

Este agente modela su alma, le identifica y dignifica con asombros extraños. El hombre surge del paisaje que le tramite todos los elementos y estados emotivos necesarios a su desenvolvimiento posterior. Tenemos testimonios históricos de siglos remotos, que se bifurcaron posteriormente a la poesía castellana en la que hoy recogen frutos sabrosos. El gallego se siente bien en este rega-

EL FILOSOFO Y EL GATO

EN un pueblecito del lejano oriente — su nombre no lo recuerdo — cada semana tenía lugar una feria muy concurrida. De cerca y de lejos venían los tratantes con sus caballos, toros, cerdos, ovejas, etc.

Los campesinos que provenían del vasto alrededor, llevaban para la venta gallinas, huevos, mantequilla, queso y legumbres. Los dueños de los bazares hacían grandes esfuerzos por medio de bellos pregones y muchos buscaban para vender toda clase de artículos, los cuales no necesitaban; acróbatas e ilusionistas hacían demostraciones de sus artes, esperando que también para ellos los monederos se abrieran.

Sin embargo, no solamente el negocio y diversiones dominaban el ambiente de la feria; también la seriedad frente a la vida, tenía la palabra; cada semana venía un respetable anciano para esparcir su sabiduría sobre el objetivo de la existencia, sobre la verdadera felicidad y referente a la mancomunidad espiritual de todos los hombres.

zo, aun cuando no emplee el lenguaje vernáculo para expresarse. Sabe expresar la morriña en castellano, lengua civilizada, aunque no siempre cultivada por civilizados. Sabe transmitirle la angustia y la melancolía tan suya; su acento cívico, sus arrebatos rebeldes a través de la melodía. Su pasado le dice filosóficamente hablando qué es y para qué necesitamos la vida. Los quiebros y tropezones son meros accidentes en el camino de la historia por la libertad que no constituyen un entorpecimiento ni lograrán retrasar o interceptar el curso de los hechos.

Nosotros aceptamos al hombre como «la medida de todas las cosas», razón y guía de nuestra existencia. Hijos del paisaje al que nos entregamos de cabeza y le hacemos nuestro pensamiento, interpretamos por su conducto el futuro de paz, y no sabríamos discurrir de otro modo aunque ello entrañe un defecto.

La imperfección es manifiesta y hasta cierto punto particular. Quizás lo imperfecto del gallego, que ostenta este defecto como una condición de orgullo porque es sincero hasta lo increíble, no tenga algo que ver con nuestro medio ambiente. Tenemos como lastre de los siglos mucho de bárbaros y de esto tenemos que ir expurgándonos, pero sólo podemos hacerlo mediante cultivos permanentes. Galicia ha logrado perder parte por lo menos de su carácter belicoso para transformarse en agente pacífico, fecundo, resultado del trabajo creador, cuyos muslos retorcidos en más de una oportunidad han hecho tiritar y temblar un pedazo de la tierra.

Hoy Galicia se reconcentra con su alma tierna en el paisaje al calor de ideas nuevas que recorren el mundo, a manera de torbellino, y como indica el poema de Cabanillas, va de puerta en puerta «encendiendo los corazones. Lo céltico confundido con lo ibérico que es todo lo español, llevan en sus entrañas el foco de un volcán. A este calor rie todo el país porque no puede llorar, y canta. Sus melodías son el prólogo de un drama que emerge de la historia como una promesa de fe, de pasión y de libertad.

CAMPIO CARPIO

Figura notable era ese hombre de cabellos grises, cuando estaba de pie predicando sus ideas referentes a los asuntos actuales y eternos, referentes al saber y vocación, sobre la voluntad libre y destino, sobre la suerte y fatalidad.

Su larga barba blanca le daba un aspecto un algo profético. El hablaba convencidamente y con autoridad, pero con su voz humilde, la cual se atraía a los visitantes. Ninguna pasaba sin detenerse para escucharla.

Esto, sin embargo, no era la sola causa del interés del público. Todavía había algo más que atraía su atención; el nombrado anciano, siempre venía acompañado de un gato, al que llevaba sujeto con una cuerda, al igual como otros hombres tienen un perro. Durante su discurso, el gato, pacientemente, estaba sentado a su lado, y cuando terminaba, siempre sujeto con la cuerda, se iba a pasitos con su maestro hasta llegar a casa.

Muchos años el viejo filósofo dió discursos al público de las ferias según la memoria de los hombres más viejos no faltó una sola vez. Ya varias generaciones escucharon sus sabias palabras y sacaron de ellas ánimos y consuelo. Era ya una figura conocida, apreciada de toda persona.

Pero un día el hombre de pelo gris no apareció; sorprendidos y desilusionados, sus fieles miraban el lugar donde él de costumbre hablaba, pero que ahora estaba desocupado. Tampoco vino las semanas siguientes. Según dijeron y que más tarde se confirmó, se había muerto...

Sin embargo, en la memoria de todos cuantos un día pertenecieron a su auditorio, el sabio de la barba blanca quedó viviente. Todavía ahora, decenas de años después de su muerte, ellos hablan a sus hijos y nietos del predicador de la feria, que cada semana hablaba al público para atraerlos a sus ideas. Pero cuando los jóvenes preguntaban, sobre qué clase de ideas él hablaba, se hacía un profundo silencio. ¿Sobre qué clase de ideas hablaba él cada semana? Esto los viejos lo olvidaron... En su memoria quedaba solamente la presencia del hombre con la barba blanca, que siempre iba acompañado de un gato, al cual tenía con una cuerda...

Habiendo escuchado la narración de su abuelo, referente al sabio de la feria, un muchacho disimuladamente fué a la cocina, puso una cuerda alrededor del cuello del gato, y sujetando la cuerda se fué con la bestia por la calle.

Los viejos vecinos, viéndole, sonreían.

«En ese muchacho, late el filósofo», dijo uno.

«Efectivamente, dijo otro, solamente le falta la barba blanca».

«Yo os predigo que alguna vez nos hablará en la feria, dijo un tercero, recordad mis palabras».

F. F.

(Traducido del Esperanto por J. Fortea)

* CONCEPTOS *

NO TE VENDAS NI TE RINDAS

CON grandes titulares subrayados, vociferaba cierto vocero: «Un jerarca asesinado cobardemente».

Inútil decir que el matutino era portavoz del gobierno, de un gobierno que había sistematizado el asesinato y monopolizado la cobardía, única fórmula para entronizar sus jerarquías. Por otra parte, el vocinglero editorialista encabezaba su artículo con este sobado estribillo vengativo: «Ojo por ojo y diente por diente».

En fin, que llovía sobre mojado. Furia del lobo contra el merino; pues se le había atragantado un hueso de la víctima.

Esto hizo que divagara sobre el valor positivo de ciertos preceptos jurídicos, y en primer lugar, los enmarcados en el vejestorio principio denominado «pena del Talión».

¿Sería un matemático legislador quien pariera tal dislate empírico? ¿O sería una divinidad sádica la madre de tal monstruosidad jurídica? ¡Vete a saber!

El caso es que mi mente, fervorosa partidaria del análisis, complaciase evocando escenas frías de venganza — macabras unas, truculentas todas — que me disgustaban sobremanera.

Y soportaba el cataclismo que había de producirse si, tomando como medida tal vara, un día las víctimas de nuestra modernizada Femis trataran de equilibrar el ebrio fiel de su simbólica balanza.

Figuráaos los latigazos que se pierden con tanto verdugo encubierto como menudea, las horcas impacientes que aguardan su reo, cuando tantos Lanuzas fueron ajusticiados por defender sus fueros, los miles de piadosos asesinos que la guillotina espera, habida cuenta de los millares de impíos que en sus cadalsos perecieron. En cuanto al rescate de latrocinios y despojos, que cotidianamente somos víctimas los obreros, inútil ajustar cuentas. Con tanto burgués, agotado por la gota, como dados corre, y con tanto funcionario sanguijuela como funciona, precisaríamos ejércitos de Diegos Corrientes, es decir, que más que correr volaran, en el deporte del toma y daca justiciero.

Nada diremos del zángano de rancio abolengo, extenuado por el ocio y anonadado por la pereza; ni de sus sonoros títulos debidos a la sordera de sus súbditos, ni de sus dorados escudos brindados por anónimos escuderos. Condenado a estajanovismo perpetuo difícil le sería saldar con crecidas como añejas deudas.

Y ¿qué decir de la repulsiva anemia anímica de tanto Harpagón como merodea? Estos que cuando de dar se habla aún con los buenos días niegan. Usureros, sólo los prestan y a crecido rédito.

Y ¡pobre de ti, Astrea la Cortesana!, tú que sólo flirteas con fuertes y poderosos — que has hecho de tu alcoba un mercado y de tu lecho un lodazal —, si nos metemos con tus fieles servidores. Estos ratones con toga y birrete que devoran el requesón de la loba romana y que por misión se han dado retorcer todo derecho.

Abogacia removiendo infolios a tanto el renglón, pre-

parando defensas de cartón, haciendo que pleiteen los conejos y a quienes suele prodigar caros — por costosos — consejos. Prestidigitadores de manga ancha y burdo truco. En cada pliegue de sus ampulosos hábitos llevan tramado mayúsculo enredo, y en los pliegues de su menuda letra hállase la intriga e, implícitamente, taimada condena. Abogacia de abultada verborrea como su cartera, pero huera como su mollera.

¡Justicia! ¡No te vendas ni te rindas!

¡Arroja tus balanzas de mercader fenicio, tus pesos fraudulentos y tu sacra diadema inmerecida!

¡Que yo te vea desnuda de estos atuendos y libre de pasiones punitivas o vengativas!

Que si la delincuencia es una enfermedad, enfermos deben estar los delincuentes. Troca tus cárceles por clínicas y que los doctores desplacen los cancerberos. Y que tus templos los vea transformados en cátedras de ciencias naturales y éticas.

El delito será incurable en tanto el microbio que lo origina no se localice y se extirpe.

DE LA LIBERTAD



QUE yo intentara analizar y definir el concepto Libertad, después de los valiosos tratados, ensayos y antologías que sobre tal sujeto circulan, sería un tanto peregrino. Más apropiado a mis endeble facultades analíticas pareceme la definición del despotismo. No olvidemos que el sol, para marcar la hora con precisión precisa de la sombra. Y para mi toda negación es una afirmación en potencia. Así, decir que el tirano odia la libertad, genéricamente hablando, es decir, sin hacer las puntualizaciones de rigor, es un mayúsculo contrasentido. Como lo sería pretender que el capitalista avaricioso es un enemigo de la economía, y que el loco es un enfurecido adversario de la razón. No hay tal antinomia. Muy al contrario. El tirano suele distinguirse por su voraz apetito de libertad. No le basta con la suya, mejor aún, para saciarla se traga la de los demás. De este abuso de la libertad nace la tiranía. Como del abuso acumulativo de valores nace el financiero capitalista, irreconciliable enemigo de la economía socialista, pero defensor a ultranza de la suya propiamente dicha.

Y, en muchas ocasiones, por abusar de sus facultades racionales, en búsqueda inquietante de razones absolutas, o perdidas en disquisiciones metafísicas, malograrón el juicio de hombres de alta filosofía.

Ocurre que cuando políticos rezagados — y zagueros lo son incluso los de vanguardia izquierdista — oyen hablar de libertad integral para todo quisque, salen con frases estereotipadas como la que sigue: «¿Decir y hacer todos, todo lo que nos dé la gana? Esto es el desorden, el libertinaje... la anarquía».

Ahora bien, que hagan cuanto les venga en capricho

unos cuantos jerarcas o líderes, respaldados por leyes y decretos, cuerpos jurídicos y policíacos, y otras mil garantías similares, ¿qué es sino el monopolio de este desorden tiránico y liberticida por parte de una minoría?

Cierto que para usar armónicamente de la libertad todos los hombres, se precisa que éstos estén sujetos a unos principios éticos que entrañan ciencia y conciencia, y provistos de voluntad y dominio de sí mismos; pues que la línea fronteriza que deslinda el uso del abuso pasa por regiones muy complejas y sensibles, para cuyo delineamiento sobran topógrafos y faltan moralistas. Pero quede bien entendido: para mantenerse la libertad en equilibrio, lo básico es que sea integral, social y sin exclusivismos. Nada más eficaz que esta simple receta para provocar la evacuación de tanto empaño liberticida.

Cuando girondinos y jacobinos rivalizaban en la Convención para establecer y defender el régimen que había abierto las Bastillas en brecha, que había abolido la infame pena de muerte, que había desalojado de sus grandes privilegios a la nobleza, que echó a rodar por tierra las coronas primero, luego las testas, del pusilánime Luis y de la soberbia Antonieta, hallaron como fórmula eficiente la instauración del terror. El triunvirato de corto reino — Dantón, Robespierre, Marat — creyó haber hallado la piedra filosofal.

Y como los alquimistas de la época, lo que hicieron es cubrirse de ridículo. Ved las paradojas de tal engendro: abiertas de par en par las Bastillas, se cerraron con doble llave las conserjerías; de bote en bote, repletas de monárquicos y republicanos, de religiosos y ateos.

Abolida la pena de muerte, jamás las carretas, llenas hasta los topes, en sus idas y venidas fatídicas, tuvieron tal apogeo; sus fauces de acero siempre dispuestas, la guillotina confundía y devoraba verdugos y reos.

Y en tanto la nobleza era desposeída del hurto secular que hiciera al pueblo sufrido, la burguesía se alzaba con su herencia, y cargada de títulos y riquezas empezaba a formar las oligarquías funestas.

Muerto el Capeto, acosada Francia republicana por la realza europea, para defenderse apeló al emperador corso, entonces sólo ambicioso artillero, y que luego revelóse político lerdo. Esta revolución malograda debía abrir de nuevo las puertas a la monarquía borbónica. Y así pudo decirse: «Le roi est mort. Vive le roi!».

Y todo ello porque el primer derecho, el derecho de todos a ser igualmente libres, fué un soberano infundio.

PLACIDO BRAVO

Una carta de la hija de Miguel Bakunin

Un gran amigo de la revista nos ha proporcionado la siguiente carta que, como verán nuestros lectores, da detalles de la vida privada de Bakunin, sobre la que se ha escrito poco.

En ella quizá descubre una novedad: que el gran revolucionario dejó descendencia y que la firmante, Marusia, aún podría ser que contribuyese a la búsqueda de más detalles respecto a la vida, la obra y la personalidad de Bakunin.

Università di Napoli. — Istituto Chimico. — Napoli, 13 agosto 1958, Via Mezzocannone, 4

Egregio señor:

He recibido su carta del 27 de julio y deseo agradecerle muy vivamente por su consideración y también por el envío de la fotografía de mi pobre padre. He recibido también el cupón-respuesta, que agradezco, pero que se lo devuelvo porque no veo necesidad alguna para que yo lo emplee.

Por lo que respecta a la información que me pide sobre la familia de mi padre, estoy en situación de darle las precisiones siguientes:

Del matrimonio de mi padre, Miguel Bakunin, y mi madre, Antonia Kwiatkowska, nacieron tres hijos:

- 1.º Carlos, nació en el año 1868, murió en Ginebra el 1943.
- 2.º Sofia, nació en Orselino (Muralto), Suiza, el 15 de enero de 1870, murió en Nápoles el 19 de febrero de 1956.
- 3.º La que suscribe, Marusia, única superviviente, nacida en Krasnoyarski (Siberia), el 2 de febrero de 1873.

Espero que esta información corresponda a cuanto era su deseo, quedando de todos modos a su disposición para cualquier otra información que yo pueda dar.

Le agradezco a usted y a su compañero el cuidado que tienen de la tumba de mi padre y les seré reconocedora de darme toda clase de noticias para poder mantener y consolidar el monumento el tiempo más largo posible. Me dirán también de qué manera podría desde aquí contribuir a sufragar los gastos.

Ruégole aceptar mis más distinguidos saludos.

Profesora Marusia Bakunin (firmado y rubricado).

Ilustre señor Willy Widman. — Suiza.

LA VIDA Y LOS LIBROS

«JUÁREZ», por Pere Foix. Editorial Trillas, México, cuarta edición.)

I DEAS viejas renovadas y readaptadas cada día a su hora, viejas como el mundo y jamás aplicadas integralmente: equidad para todos, justicia, bondad, pan y libertad para cada uno... Tales fueron las premisas de lo más selecto de la prehistoria y éstas son las que han presidido a cada uno de los hombres que han intentado oponerse a los tiranos y a la tiranía.

Desde Buda a Cristo, desde Espartaco a Gandhi, desde el cura Hidalgo a Bakunin, todos los revolucionarios, los inconformistas y los rebeldes se han inspirado, a su manera, no siempre eficaz ni prudente, en la premisa de Libertad y Pan para los productores.

Pere Foix, esta otra honra del exilio español, que también sufre sus vicisitudes por querer más pan y más libertad para su pueblo, ha escrito un hermoso libro —hermoso desde todos los puntos de vista— sobre el gran luchador, el gran hombre que fué Benito Juárez García. Al divulgar dicho libro se contribuye a desenmascarar la prostituida intelectualidad que, cediendo a los poderosos y al dinero, se encargaron de vilipendiar y desvirtuar la verdadera acción y el verdadero pensamiento, la gran alma en fin que, a la cabeza de su pueblo, supo hacer frente a la barbarie de la Casa de los Austrias representada por Maximiliano de Habsburgo, proclamado en Europa, a espaldas de los mexicanos, emperador de México.

«Juárez» de Pere Foix es un riquísimo libro de historia cuyo relato, muy alejado de la literatura huera, de la perifrasis complicada, no tiene desperdicio alguno, así socialmente como políticamente. De paso —por eso es libro de historia— no solamente biográfico — alude a la diferencia que separaba a México de los Estados Unidos de Norteamérica, de la cual resultó la anexión por éstos de importantes territorios mexicanos tales como el Texas, hoy tan rico.

Según Pere Foix, cuyo atrevimiento en definiciones políticas va de par con su pasión liberal y republicana, nos dice de Juárez que «no era de esos gobernantes que se van por las ramas, filosofan, discursan y nada práctico realizan».

Uno no puede evitar el paralelismo que puede hacerse con los de nuestra época y de nuestra España, los cuales no conciben que haya más pan que el que permite y da el fusil, ni más libertad que la que reposa en la punta de su espada, roja aún.

Gobernantes como los que describe Foix, hoy no se conocen ni se vislumbran. «Un gobernante sin violencias ni impetuosidades» sería una maravilla si no fuese un contrasentido. Claro que, no es raro

que este escritor describa así a los gobernantes, pues, tomando como ejemplo a Juárez no podía ser de otra manera. Mas hay una diferencia entre el gobernante por profesión y el gobierno ejercido por el indio de Guelatao. La acción desplegada por Benito Juárez no era para eternizar a los poderosos en el poder sino para impedir que poder, poderosos y castas gobernantes ejercieran su yugo contra el pueblo laborioso. Juárez no representó nunca a los poderosos, representó al pueblo contra éstos. Luchó contra el clero, luchó contra el militarismo y contra los reyes. A su lado se encontraban los campesinos y los trabajadores.

Hace pensar Pere Foix con su libro en la política practicada por los grandes de la hora actual cuando antes de dialogar procuran enseñar sus armas para que, a priori, escuche el adversario la invencible razón de la fuerza. Ahora, como entonces, como siempre, la principal garantía política es la de hacerse temer por el contrario. Bien lo supieron los dioses de la Biblia cuando inventaron el terror del infierno.

El pueblo indio, como todos los pueblos — incluso los de nuestros días — era un pueblo profundamente religioso. Particularmente los indios de raza zapoteca — de origen muy incierto — elevaba, ya antes de la llegada de Hernán Cortés, monumentos y templos a sus ídolos. Hay muchos documentos que se refieren a los antiguos pobladores del hoy México. Algunos de los cuales cayeron en poder de los españoles, de los que se han servido mayormente para comerciar, pues que los más importantes no pararon mucho en la península, lo que constituye doble robo y deshonor. Sobre el origen étnico de los pueblos mejicanos, un libro reciente de un conocido político contemporáneo significa y emite juicios de alto valor histórico que, tiempo mediante, pensamos comentar para CENIT.

Los zapotecas, dice Foix, eran y son valientes, pero no agresivos. Este es el contexto moral y el carácter de Benito Juárez. En Oaxaca se dieron cita los aztecas, los zapotecas y los mixtecas, tres tribus y tres religiones. Los aztecas, especie de prusianos, guerreros a lo cosaco, habrían acabado con sus adversarios si no hubiese mediado a menudo la belleza femenina, que tantas veces ha conseguido del enemigo lo que anteriormente no han podido obtener ejércitos enteros. No obstante, quienes más se opusieron al imperialismo español fueron los zapotecas, que continuaron la resistencia hasta 1551, año en el que fueron dominados por los conquistadores. No obstante, en cuanto podían, los zapotecas se enfrentaban con los españoles. Hoy aún existe esta raza, de la que es descendiente sin mezcla alguna, dice Foix, Benito Juárez García.

«Hijo de indio» en aquellos tiempos es tanto como decir «hijo de rojo» en la España actual: mi-

seria, humillaciones, esclavitud. A este triple yugo hay que agregar que Benito quedó huérfano a los tres años — como tantos españolitos de hoy cuyos padres fueron fusilados por culpa de los militares españoles —. Su primer oficio: guardador de ovejas. A los quince años los piecitos del muchacho aún no se habían calzado.

Gueletao era un pueblo sin escuela, el muchacho no había visto más mundo que sus ovejas, sus montañas, el zumbir de los insectos, viento y sol. Un día unos arrieros le quitaron una oveja y ante el temor del castigo marchó de casa de su tío — en donde al quedar huérfano se refugió — dirigiéndose a campo traviesa hacia Oaxaca, andando catorce leguas a pie y descalzo.

¡Cuántos niños españoles habrán hecho lo mismo para huir de Franco el cristiano!

En Oaxaca tenía una hermana y allí fué a parar. Aquí oyó hablar por primera vez de los nombres de Hidalgo y Morelos.

Y sobre ellos fundó sus primeras meditaciones. Deambulando por las calles dió con un franciscano, Antonio Salanueva, el cual gestionó para que el muchacho pudiera frecuentar la escuela. «Este muchacho puede ser un buen sacerdote», dijo Salanueva. Su primer oficio fué el de encuadernador. Su vocación por el sacerdocio no era muy grande. Su obsesión era la justicia, la sociedad, el hacer felices a todos los seres. Todo en él contribuía a ser lo que fué. La ciudad le agradaba, pero le provocaba desasosiego. Veía aquellos magníficos edificios y pensaba en la miseria que dejó allá en su pueblo de Guelatao; en las chozas construidas con caña y barro. ¿Qué harán las pobres gentes de Guelatao? se preguntaba a menudo. Su religiosidad consistía en amar al Cristo-Hombre más que al Cristo-Dios. En la escuela, a donde lo llevó el franciscano, los hijos pobres estaban separados de los hijos ricos, la instrucción no era tampoco la misma, y el trato más cruel. Esto le exasperó a Benito y decidió no acudir. A partir de entonces aprendería en perfecto autodidacta. Acudía mucho a la iglesia y se interesaba por la vida de sus santos. Leyó por fin la de Torquemada. Sin grandes ánimos entró en el seminario más conmovido que convencido, cuando héte aquí que cae en sus manos una traducción de «Essai sur les mœurs» de Voltaire, lo que acabó de ponerlo en la más espantosa duda respecto a lo que le enseñaban los frailes en materia de religión cristiana. Por fin renunció a vestir la sotana. Al saberlo, Antonio Salanueva dijo a sus allegados: «No pretendan ustedes llevar al altar al que carece de vocación. Cristo sería el primero que se pondría de parte de Benito. Ya que no puede ser un buen sacerdote no hagan de él un mal católico».

Qué lejos está el catolicismo de respetar estas premisas. En la actitud del franciscano Salanueva brilla un sublime respeto para con la conciencia del individuo, respeto de conciencia muy raramente observado por ningún católico español.

Fué, pues, Voltaire, quien colmó el vaso rebelde del joven indio, haciendo de su religiosidad, no un pretexto para perpetuar y justificar la maldad del clero, sino para ver en Cristo al hombre que arrojó del templo a los mercaderes. En esto, y en

su deseo de ver una sociedad de equidad moral y económica, fundó su acción política.

Los años 1828 y 1829 fueron de gran agitación política en Méjico, algo así como el quinquenio de la segunda república española. Benito Juárez tenía 22 años, era estudiante aún, pero ya participaba en las manifestaciones de calle al lado de la plebe. A los 25 años fué elegido miembro del ayuntamiento de Oaxaca. Ya era muy popular. El partido liberal tenía en él a un gran defensor. Poco después fué elegido diputado. Las situaciones no siempre fueron favorables. Siendo Santa Anna dictador de Méjico, Juárez fué desterrado a Cuba, en donde fué acogido, protegido y ayudado por la masonería, opuesta entonces a la reacción. Poco tiempo estuvo en La Habana. Instalóse en Nueva Orleans, desde donde trabajaba con ahínco, como ahora lo sespañoles desterrados, con la esperanza puesta en los suyos y convencido de que los buenos mejicanos terminarían por rebelarse contra la tiranía que reinaba en su país. Terminada la tarea diaria, en Nueva Orleans se reunían los exilados mejicanos de no importa qué tendencia para concertar sus esfuerzos hacia la liberación de México. Poco a poco crecía la agitación y se organizaba la oposición a Santa Anna. Benito Juárez secundó el Plan de Ayutla, que dió al traste con el régimen dictatorial. Ignacio Comonfort, que fué el inspirador del plan, se hizo cargo del gobierno no sin proceder a elecciones generales. Pronto se dió cuenta Juárez de que Comonfort no daba ni podía dar satisfacción al pueblo. Sus relaciones fueron poco cordiales. El primero luchaba por la libertad, mientras que el segundo se esforzaba en congraciarse con los militares, importándole poco la situación cultural y social del país. Pronto se dividió la nación en dos campos: los conservadores, con quienes estaban los militares, y los liberales, entre los que se contaban la mayoría de los hombres de los cuerpos legislativos. Nueva sublevación, resultas de la cual cae Comonfort y es elegido Juárez como presidente de la República (enero de 1858).

Cabe comparar aquí la semejanza de actitudes que hay entre la sublevación del 19 de diciembre de 1857 llevada a cabo en Tacubana por el asesino de los trabajadores mejicanos, general Félix Zuloaga, y la sublevación que tuvo lugar en España el 18 de julio de 1936, a raíz de la cual Franco fué nombrado jefe de la tristemente célebre Junta de Burgos. Los mismos motivos, las mismas actitudes, los mismos objetivos. Libertad, paz y pan por un lado; yugo, hambre y flechas, por otro. La única diferencia que existe es que Zuloaga tenía a su lado a Comonfort, presidente sublevado contra su gobierno y su pueblo, y Franco, sobre subelevarse contra su pueblo no tenía a su lado a Azaña.

Durante el tiempo en que Juárez fué presidente debió afrontar varias sanjurjadas, la reacción se sublevó varias veces. Su grito principal era «Viva el Ejército!», lo que quiere decir que la República debió defenderse contra sus militares a fuer de sangre y de pechos obreros. Como en España.

Cuando Zuloaga se sublevó contra el pueblo,

MICROCULTURA

232. — Un protozoo que vive en el intestino de las vacas puede alcanzar la fabulosa cantidad de cincuenta mil millones en un solo animal.

233. — «Sun, Sea and Sky» (Sol, Mar y Cielo) es uno de los mejores libros sobre meteorología existentes ahora. Aparecido en 1954 (Nueva York y Filadelfia).

234. — El 29 de abril de 1803 Francia vendió la Luisiana a los Estados Unidos.

235. — Un «jorfe» es un muro para sostener tierras.

236. — El «lamaismo» es una secta budista del Tibet.

237. — El 2 de agosto de 1880 murió el dramaturgo español Juan E. Hartzenbusch.

238. — La «necrobiosis» es la muerte lenta de los tejidos con apariencia temporal de vida.

239. — Al matemático alemán Juan Enrique Lambert se debe la teoría de los ángulos imaginarios.

240. — Un «lebrato» es una liebre nueva o de poco tiempo.

Juárez y éste ganaron, gracias a su tenacidad, pero también a la ayuda que recibieron de Norteamérica. La de Roosevelt, el año 1936, referente a España, nos salió, demócrata y todo, duro sevillano.

Así va pasando, cual una película documentada y magistralmente reproducida, la historia mejicana que guarda relación con el pequeño indio descalzo de Guelatao.

En todos los acontecimientos, la religión, representada por el alto clero y la ignorante beatería siempre estuvo del lado de la reacción, con los militares y los grandes terratenientes. Indigna pensar con qué maldad y con qué sadismo, los malhadados representantes del papa, y el mismo Papa, hacían causa común con lo más odioso de la alta sociedad mejicana, detrás de la cual se encontraba la de Europa.

Juárez estuvo a la cabeza de Méjico doce años. Pudo mantenerse porque el pueblo laborioso y buena parte de la intelectualidad estaban a su lado. Su labor fué inmensa, su sacrificio enorme. Bien es cierto que Lincoln, al que se parece por su origen, por su capacidad y por sus concepciones políticas, como una gota de agua a otra gota de agua, le ayudó mucho. Tanto es así que sin él, cuesta creer que Juárez hubiese podido resistir a la oposición reaccionaria y castrense.

Conociendo lo que Pere Foix escribe en su libro sobre Méjico, uno se explica mejor por qué Méjico es el más fiel amigo de la España exilada y por qué siente repugnancia a entablar relaciones con la traición erigida en gobierno.

M. CELMA

241. — Se entiende por «inverecundia» a la desvergüenza, desfachatez, etc.

242. — Con el steamer «Filadelfia» llegó a Porto Bello el gran geógrafo y pensador Eliseo Reclus, en sus exploraciones por América.

243. — El «papamiento» es una mezcla de palabras holandesas y españolas que se habla en algunos lugares de las Antillas.

244. — Juan José Morato tradujo al español la más hermosa de las utopías libertarias: «Noticias de Ninguna parte» (News from nowhere) de W. Morris.

245. — El «Calsi Crete» es un nuevo hormigón para construcciones, que puede ser serrado, cortado y esculpido sin que pierda su resistencia.

246. — Se entiende por «señolear» cazar con señuelo.

247. — El 2 de marzo de 1784, se elevó Blanchard en París en un globo con remos.

248. — El «cananguche» es una palmera silvestre de Colombia.

249. — La ópera «Doña Juana la Loca» fué compuesta por Emilio Serrano, compositor español.

250. — La «dacriodentitis» es la inflamación de la glándula lacrimal.

251. — El primer grito de «Independencia» en América Central se dió en la ciudad de San Salvador, el 5 de noviembre de 1811.

252. — El gran pensador norteamericano Thoreau vivió en la célebre laguna de Walden Pond, dos años dos meses y dos días.

253. — La «septicemia gangrenosa» es síntoma de edema maligno.

254. — Los dieciséis verbos que se usan en Inglés Básico son: be, have, do, seem, come, go, put, take, give, get, keep, let, make, send, see y say.

255. — El «colodión» fué descubierto por el químico alemán Cristian Federico Schonbein en 1845.

256. — El 15 de octubre de 1582 quedó establecido el calendario gregoriano que nos rige actualmente.

257. — Se entiende por «elucidación», declaración, explicación.

258. — Los medallones de marfil son los objetos de arte de mayor antigüedad.

259. — Hombres de ciencia de los laboratorios de Westinghouse han desarrollado una cortadora mecánica de luz que puede cortar un rayo luminoso de sólo unos pocos milmillonésimos de segundo en longitud.

260. — La mayor profundidad de hielo medida hasta ahora en el Antártico da un espesor de cuatro mil doscientos metros.

261. — Los «Kindergarten» (Jardines de niños) fueron la creación del pedagogo alemán Federico Froebel (1782-1852), amigo de Pestalozzi.

262. — El 6 de octubre de 1866 circuló por los Estados Unidos el primer automóvil.

SUNO

POETAS DE AYER Y DE HOY

Himno al Sol

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y extático ante ti me atrevo a hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte.
Intrépidas a ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Suolime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol, a ti llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumtra
Diera también su ardor a mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te veía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe rico en perlas Oceano
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura,
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cénit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen

Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y a mares por los vientos despeñadas,
Bramo la tempestad retumbó en torno
El ronco trueno y con temolor crujieron
Los ejes de diamantes de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y a otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, nuir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y nuyen del Oceano,
Y tornan otra vez a sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! Siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando
Y solo, eterno, perennal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía?...
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá a la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!...

José de Espronceda

POR FIN

la colección de los ocho primeros años de «CENIT»
¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el período de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registro, color verde oliva, grabados en oro.

| | | |
|-------------------------|--------|---------|
| Precio de un tomo | 3 000 | francos |
| — dos tomos | 5 500 | — |
| — tres tomos | 8 000 | — |
| Los cuatro tomos | 10 000 | — |

Descuento de 15 %. Franco de porte.
Pedidos a nuestro Servicio de Librería.